

**Audiolibro La Embriaguez De La  
Metamorfosis Stefan Zweig 1 5**

**Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu). These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.**

**Contacto [www.Ensayo.icu](http://www.Ensayo.icu) ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!**

Texto enviado por - **Ted Dudley** (*Merced*) - - - - Resumen y sinopsis de La embriaguez de la metamorfosis de Stefan Zweig. «Las dos partes de la novela, cuya acción se desarrolla en el año 1926, guardan una estrecha relación, pero están claramente separadas en cuanto a los hechos y al ambiente. Así como al principio el núcleo está constituido por las experiencias vividas en el mundo brillante de una estación de verano suiza, en la segunda parte-su reverso-la atención se centra en la atmósfera opresiva de la época de postguerra y de una existencia pequeño burguesa, que hace madurar el proyecto de un desfalco de grandes proporciones. Stefan Zweig demuestra de nuevo su arte para desvelar las motivaciones psicológicas de los actos y comportamientos humanos.» Walter Hinck. Stefan Zweig. La embriaguez de la metamorfosis. Título original: Rausch der Verwandlung. Stefan Zweig, 1942. Traducción: Adan Kovacsics. Ilustraciones: Ilustrador. Editor digital: hofmiller. Las oficinas de correos rurales en Austria poco se distinguen unas de otras; quien ha visto una, las conoce todas. Equipadas o, mejor dicho, uniformadas en la misma época, la del emperador Francisco José, con el mismo mísero mobiliario proveniente de los mismos fondos, todas transmiten por doquier la misma sensación de tedio y de mal humor estatal, y hasta en las aldeas alpinas más recónditas del Tirol, allá bajo el aliento de los glaciares, conservan obstinadamente el inequívoco olor oficial, rancio y austriaco que es una mezcla de tabaco viejo de hebra y de polvo enmohecido en expedientes amontonados. La distribución del espacio es igual en todas partes: en una proporción prescrita con exactitud, un tabique de madera provisto de ventanillas divide el cuarto en un más acá y en un más allá, en un espacio accesible a los usuarios y en un ámbito oficial. El hecho de que el estado muestre escaso interés por una permanencia prolongada de los ciudadanos en la sección accesible a todos queda de manifiesto por la falta de asientos y de cualquier tipo de comodidad. En la sala destinada al público sólo suele haber un pupitre enclenque, que se apoya temerosamente contra la pared, con un revestimiento de hule ennegrecido por innumerables borrones de tinta, si bien nadie recuerda haber visto en el tintero hundido en la madera nada que no sea una pasta espesa, podrida e inservible, y cuando una pluma se encuentra por casualidad en la acalanadura, siempre está gastada y raspea. Así como la ahorrativa hacienda estatal no concede importancia al confort, tampoco se interesa por la belleza: desde que la República retiró el retrato de Francisco José, a lo sumo pueden aspirar al rango de decoración artística del espacio los carteles que, desplegando sus colores chillones sobre la cal sucia de las paredes, invitan a exposiciones clausuradas hace tiempo, a la compra de números de la lotería y, en algunas oficinas olvidadizas, a firmar empréstitos de guerra. Con este ornamento barato y, a lo sumo, con la siempre incumplida exhortación a no fumar, acaba la generosidad del estado en el espacio destinado al público. La sala situada al otro lado de la barrera oficial impone más respeto. Allí, el estado despliega y amontona los símbolos evidentes de su poder y amplitud. En un rincón protegido se halla una caja de caudales de hierro, y las rejas de la ventana dan pie a suponer que, en efecto, el mueble a veces alberga importantes valores. En el mostrador brilla como pieza de máximo lujo un telégrafo Morse de latón bien lustrado, mientras que a su lado duerme, más humilde, el teléfono en su cuna de níquel negro. Sólo a estos dos aparatos se les concede cierto espacio de respeto y solaz por cuanto, conectados a hilos de alambre, unen la remota y minúscula aldea con los confines del imperio. Los otros utensilios del tráfico postal, en cambio, se ven obligados a apiñarse: la balanza para los paquetes y las sacas de la correspondencia; los libros, carpetas, cuadernos y registros; las cajas redondas y tintineantes de los portes; los platillos y los pesos; los lápices negros, azules, rojos y violetas; los pasadores y las grapas; las cuerdas; el lacre; la esponja y la salvadera; la goma arábiga; el cuchillo; las tijeras y la plegadera, o sea, los múltiples instrumentos del servicio postal, se apelotonan sobre la superficie del escritorio, de apenas una vara de profundidad, al tiempo que en los numerosos cajones y armarios se apila una cantidad inconcebible de otros papeles y formularios. No obstante, el aparente derroche de este despliegue es, de hecho, un espejismo, pues el estado registra en secreto y con rigor

implacable cada uno de estos utensilios baratos. El inexorable erario pide a sus empleados cuentas de cada pieza utilizada o gastada, sea un lápiz usado o un sello roto, un papel secante desflecado o el jabón que se ha esmerado en la palangana de lata, la bombilla que alumbró la oficina pública o la llave de hierro que la cierra. Junto a la estufa de hierro cuelga, mecanografiado y confirmado por sello oficial y firma ilegible, un extenso inventario que registra con rigurosidad aritmética hasta la presencia de los objetos más insignificantes y carentes de valor en la sucursal de correos correspondiente. Ningún objeto no incluido en esta lista puede alojarse en la oficina y, por otra parte, toda pieza registrada debe estar presente y disponible. Es la voluntad de la administración, del orden y del imperativo legal. En rigor, la lista mecanografiada de objetos debería incluir también a la persona que cada mañana, a los ocho, sube la ventanilla y pone en movimiento los utensilios hasta entonces inertes, que abre las sacas de la correspondencia, sella las cartas, paga las transferencias, escribe los recibos, pesa los paquetes, emborriona los papeles con extraños y secretos signos utilizando lápices rojos, azules y violetas, libera el auricular del teléfono y pone en marcha la bobina del aparato Morse. Sin embargo, esta persona, denominada ayudante o administrador de correos por el público, no está registrada en la lista de cartón. Su nombre queda apuntado en otra hoja oficial, sita en otro cajón, en otro departamento de la dirección de correos, pero es igualmente tenido en cuenta, revisado y controlado. En esta oficina santificada por el águila estatal nunca se produce cambio visible. La ley eterna del ascenso y del ocaso se desintegra al chocar con la barrera del estado; mientras fuera, alrededor del edificio, florecen y se deshojan los árboles, crecen los niños y mueren los ancianos, se desmoronan y resurgen con otras formas las casas, la administración demuestra su poder deliberadamente trascendental mediante una inmovilidad atemporal. Pues de cada objeto que se gasta o desaparece, que se altera o se desintegra dentro de este ámbito, se solicita un espécimen idéntico a la autoridad superior, que lo entrega y demuestra así la superioridad del estado sobre la transitoriedad del resto del mundo. El contenido pasa, pero la forma se mantiene incólume. Un calendario cuelga de la pared. Cada día le arrancan una hoja; son siete a la semana, treinta al mes. Cuando el calendario se ha vuelto delgado y obsoleto el día 31 de diciembre, se pide uno nuevo, del mismo formato y con la misma impresión: el año ha cambiado, el calendario sigue siendo el mismo. Sobre la mesa se halla un libro de caja con sus columnas. Cuando la página de la izquierda se llena y se suman las cifras, la cantidad resultante se pasa a la página derecha, y así de hoja en hoja. Cuando la última página está escrita y el libro, terminado, se empieza otro del mismo tipo y del mismo formato, imposible de distinguir del anterior. Lo que desaparece vuelve a estar allí al día siguiente, uniforme como el servicio, de tal modo que sobre el mismo tablero de madera se encuentran, invariables, los mismos objetos, las hojas, lápices, pasadores y formularios, todos uniformes, siempre renovados y siempre los mismos. Nada desaparece en ese espacio estatal, nada se agrega, la misma vida o, más bien, la misma muerte continua reina allí sin florecer ni marchitarse. Los objetos de ese amplio abanico sólo difieren en el ritmo del desgaste y de la renovación, pero no en su destino. Un lápiz dura una semana, se gasta y acaba sustituido por uno igual. Un libro postal dura un mes, una bombilla, tres meses, un calendario, un año. A la silla de asiento de paja se le asignan tres años antes de ser renovada, a la persona que se pasa la vida sentada en la silla, entre treinta y treinta y cinco años de servicio, transcurridos los cuales otra persona es instalada en dicho asiento. Este sigue siendo el mismo. En la oficina de Klein-Reifling, una insignificante aldea situada no lejos de Krems, a unas dos horas en tren desde Viena, este equipamiento intercambiable llamado «funcionario» pertenece en el año 1926 al sexo femenino y recibe por parte de la administración el título de ayudante de correos, por cuanto la estafeta en cuestión se incluye entre las categorías inferiores. A través de la ventanilla no se divisa mucho más que un perfil de muchacha simpática y discreta, de labios un tanto delgados, mejillas un tanto pálidas y manchas un tanto grises bajo los ojos; al atardecer, cuando debe encender la iluminación eléctrica que resalta los contrastes, una mirada precisa reconoce ligeras arrugas y pliegues en la frente y las sienes. No obstante, junto con las malvas puestas en la ventana y el espléndido saúco que colocó en la palangana de lata, esta muchacha representa el objeto más refrescante, con mucho, de los utensilios postales de Klein-Reifling y parece disponible para el servicio público durante al menos veinticinco años más. La mano femenina de dedos pálidos subirá y bajará la misma ventanilla enclenque miles y miles de veces. Lanzará cientos de miles o hasta millones de cartas con el mismo gesto rectangular sobre el pupitre para su sellado y cientos de miles o hasta millones de veces estampará con el mismo ruido fuerte, breve y seco el timbre sobre los sellos. La articulación experta probablemente funcionará cada vez mejor, de forma cada vez más mecánica, más inconsciente, más liberada del cuerpo vigilante. Los cientos de miles de cartas serán cartas siempre diferentes, pero cartas al fin y al cabo. Los sellos serán sellos diferentes, pero sellos al fin y al cabo. Los días serán diferentes, pero cada día transcurrirá entre las 8 y las 12 de la mañana y las 2 y las 6 de la tarde, y el servicio será igual, siempre igual, en todos los años de crecimiento y marchitamiento. La ayudante de correos de pelo rubio ceniza, instalada detrás de su ventanilla en esa hora silenciosa de una mañana de verano, tal vez medita sobre estas perspectivas futuras o quizá sueña despierta. Sea como fuere, sus manos desocupadas han descendido de la mesa de trabajo al

regazo y allí descansan juntas, delgadas, pálidas y cansadas. Poco trabajo debe tener la oficina de correos de Klein-Reifling en una mañana de julio de estas características, de un azul abrasador, de quietud ardiente; el servicio matutino ha concluido, el cartero Hinterfellner, un jorobado aficionado a masticar tabaco, repartió ya hace rato las cartas; los paquetes y muestras de la fábrica no llegarán para ser enviados antes del atardecer, y la gente del campo no tiene ni ganas ni tiempo para escribir. Los campesinos, protegidos por unos sombreros de paja de un metro de ancho, rastrillan los viñedos allá lejos, los niños, de vacaciones, se recrean con los pies descalzos en el arroyo, y el pavimento de piedras abombadas se encuentra vacío ante la puerta bajo el calor sofocante y bronceado del cercano mediodía. A esta hora, es bueno estar en casa y soñar a gusto. A la sombra artificial de las celosías bajadas, los papeles y formularios duermen en sus cajones y estantes, mientras el metal de los aparatos lanza destellos perezosos y apagados en la dorada penumbra. El silencio yace tal un polvo grueso y áureo sobre los objetos, y sólo se oye entre las ventanas cerradas una música estival liliputiense, la de los violines agudos de los mosquitos y del violonchelo marrón de un abejorro. Lo único que se mueve sin cesar en ese espacio fresco es el reloj de pared con marco de madera colocado entre las ventanas. A cada segundo absorbe una gota de tiempo con un ligerísimo trago, pero el ruido fino y monótono adormece en vez de espabilar. Así las cosas, la ayudante de correos permanece sentada, en un estado de parálisis despierta y agradable, rodeada de su pequeño mundo dormido. De hecho, quería hacer un trabajo manual; se nota por la aguja y las tijeras que tiene preparadas, pero el bordado ha caído arrugado al suelo, y ella no tiene ni la fuerza ni la voluntad necesaria para levantarlo. Blanda y casi jadeante se reclina en la silla y con los ojos cerrados se deja llevar por la sensación rara y maravillosa del ocio justificado. De pronto: ¡tac! Se sobresalta. Otra vez, más fuerte, más metálico, más impaciente: tac, tac, tac. El Morse da martillazos rebeldes, el mecanismo del reloj rechina: un telegrama —raro huésped en Klein-Reifling— pretende ser recibido con el debido respeto. La ayudante de correos se sacude de encima esa sensación de pereza y modorra, se precipita al mostrador y conecta la tira de papel. Pero no bien ha descifrado las primeras palabras que van apareciendo, se pone de mil colores. Pues por primera vez desde que trabaja allí ve su propio nombre en una hoja telegráfica. Lee una, dos, tres veces el telegrama ya escrito por el martilleo del aparato, sin entender el sentido. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Quién le manda un telegrama desde Pontresina? «Christine Hoflehner, Klein-Reifling, Austria, sinceramente bienvenida, te esperamos cualquier momento, cualquier día, sólo anuncia llegada previamente telégrafo. Cordialmente Claire - Anthony.» Ella piensa: ¿quién será este Anthony que la espera? ¿Se habrá permitido algún colega una broma inocente? Pero entonces recuerda que su madre le contó hace semanas que la tía vendría este verano a Europa y la tía se llama, en efecto, Klara. Y Anthony debe de ser el nombre de su marido, a quien la madre siempre llama Antón. Sí, y ahora afina la memoria; hace unos días ella misma llevó a su madre una carta remitida en Cherburgo, y la madre no quiso soltar prenda y no reveló ni una palabra de su contenido. Pero el telegrama estaba dirigido a ella. ¿Debía ir ella a Pontresina, a ver a la tía? Nunca se habló de tal posibilidad. Mira una y otra vez la tira aún sin pegar, el primer telegrama que ha recibido personalmente en la oficina de correos, lee y relee, desconcertada, curiosa, incrédula y confusa el extraño despacho. No, es imposible esperar hasta mediodía. Debe inquirir enseguida el significado de todo ello de su madre. En un arranque coge la llave, cierra la oficina y se va corriendo a su vivienda. En la emoción, olvida desconectar la palanca del telégrafo. Así pues, el martillo de latón, enfurecido por tanto desdén, sigue traqueteando en el espacio desocupado, golpeando una y otra vez la tira vacía. La velocidad de la chispa eléctrica resulta siempre inconcebible porque su rapidez supera la de nuestros pensamientos. Pues esas pocas palabras, que cayeron como un relámpago blanco y silencioso en el ambiente lóbrego y viciado de una oficina pública austriaca, fueron escritas escasos minutos antes a tres países de distancia, a la sombra fresca y azulada de los glaciares, bajo el cielo de Engadina puro como la genciana, y la tinta aún no se había secado en el formulario de envío cuando su sentido y su llamada ya hacían impacto en un corazón sorprendido. Había ocurrido lo siguiente: Anthony van Boolean, de nacionalidad holandesa, pero desde muchos años residente en el sur de Estados Unidos donde se dedicaba al comercio de algodón, un hombre jovial, flemático y en el fondo sumamente insignificante, acababa de terminar su desayuno en la terraza — toda luz y cristal— del Hotel Palace. Ahora llegaba la culminación nicótica del breakfast, el bulboso habano de color ocre oscuro, traído expresamente de la plantación en una lata hermética. Con el fin de disfrutar de la primera chupada, la más sabrosa, con la comodidad propia de un fumador experto, el caballero, un tanto obeso, acomodó las piernas sobre un sillón de mimbre instalado enfrente, desplegó la gigantesca vela cuadrada de papel del New York Herald y zarpó en él por el incommensurable mar de letras que son las cotizaciones y los comentarios bursátiles. Mientras, su esposa Claire, otrora denominada simplemente Klara, se sentaba en diagonal frente a él a la mesa y desgajaba aburrida su pomelo matutino. Conocía, por muchos años de experiencia, la absoluta inutilidad de cualquier intento de romper mediante la conversación el muro de papel de cada mañana. Por eso dio la bienvenida al simpático paje de gorra parda y mejillas rojas como una manzana, que se dirigió a ella con el correo matutino: la bandeja traía

una única carta. Sea como fuere, su contenido pareció interesarla sobremanera porque, sin dejarse influir por la experiencia acumulada, trató de interrumpir la lectura de su marido: —Sólo un momento, Anthony —pidió. El periódico no se inmutó—. No quiero molestarte, Anthony, pero escúchame sólo un segundo, que la cosa tiene prisa. Mary —dijo, pronunciando sin querer el nombre en inglés—, Mary acaba de cancelar su visita. No puede venir, dice, por mucho que quiera. Anda mal, muy mal del corazón, y el médico opina que no aguantará los dos mil metros de altura. O sea, que es imposible. Pero si estamos de acuerdo, dice, nos enviará en su lugar a Christine, ya sabes, la menor, la rubia, para que pase dos semanas con nosotros. Una vez, antes de la guerra, recibiste una foto de ella. Si bien tiene un empleo en un post-office, nunca se ha tomado unas verdaderas vacaciones; por eso, si las solicita, se las concederán enseguida, y entonces estaría encantada, después de tantos años, de «ofrecer sus respetos a ti, querida Klara, y al estimado Anthony», etcétera, etcétera. El periódico no se inmutó. Claire, impaciente, insistió: —A ver, ¿qué te parece? ¿La invitamos?... Seguro que a la pobre cría no le hará daño beber unas cucharadas de aire fresco y, al fin y al cabo, es lo que toca. Una vez que estoy en Europa, debería conocer a la hija de mi hermana, que ya no mantenemos relación alguna. ¿Tienes algo en contra de que la haga venir? El periódico crujió un poco. Primero asomó, azul y redondo, un anillo de humo del habano por encima del borde blanco, seguido de una voz indiferente y parsimoniosa: —Not at all. Why should I? Con esta lacónica respuesta concluía la conversación y empezaba un destino. Una relación se restablecía después de varias décadas, porque, a despecho del apellido de sonido casi aristocrático cuyo «van» no era más que una simple preposición holandesa y a pesar de la conversación mantenida en inglés por el matrimonio, Claire van Boolean era ni más ni menos que la hermana de Marie Hoflehner y, lógicamente, la tía de la ayudante de correos de Klein-Reifling. El hecho de que abandonara Austria hacía más de un cuarto de siglo se debía a una historia oscura que ella ya apenas recordaba —pues la memoria gusta de complacernos— y sobre la cual la hermana nunca informó con claridad a sus hijas. En su día, sin embargo, el asunto levantó una polvareda enorme y habría tenido consecuencias aún mayores si unos hombres listos y hábiles no hubieran intervenido a tiempo para sustraer una buena presa a la curiosidad general. En aquella época, Claire van Boolean era sencillamente la señorita Klara en un distinguido salón de moda sito en el Kohlmarkt vienes: una simple maniquí. Pero viva y perspicaz como era, causó una impresión devastadora en un industrial maderero ya mayor que acompañaba a su esposa para la prueba de un vestido. Con todo el ímpetu desesperado del pánico a la inminente vejez, el consejero de comercio, hombre rico y todavía bastante bien conservado, se enamoró de la rubia metidita en carnes y al mismo tiempo divertida, y una generosidad inusitada incluso en aquellos círculos aceleró el cortejo. La maniquí de diecinueve años no tardó en desfilarse en un coche de punto mostrando, para indignación de su respetable familia, bellísimos vestidos y pieles que hasta el momento sólo había podido presentar ante el espejo a una clientela crítica y, en general, exigente. Cuanto más elegante era, tanto más gustaba al maduro bienhechor, y cuanto más gustaba al consejero de comercio, hecho un lío por su inesperada felicidad amorosa, tanto más derrochaba el hombre en vestir y acicalar a la joven. Al cabo de pocas semanas lo había mareado hasta tal punto que un abogado empezó a preparar con sumo sigilo los documentos necesarios para el divorcio y ella estaba en camino de convertirse en una de las mujeres más ricas de Viena cuando la esposa, advertida por unas cartas anónimas, irrumpió con briosas estupidez. Enrabiada por su justificado encono, al verse desencabestrada de golpe como un caballo cojo, después de treinta años de matrimonio carente de problemas, compró un revólver y asaltó a la desigual pareja durante un encuentro amoroso en una casa de citas recién estrenada. Sin preámbulos, enloquecida por la furia, descerrajó dos tiros a la perturbadora de la felicidad conyugal: uno de ellos no dio en el blanco y el otro acertó en el brazo. La lesión resultó ser leve, pero los típicos efectos secundarios fueron sumamente embarazosos: vecinos que acuden, llamadas de socorro a través de los cristales rotos, puertas reventadas, desmayos y escenas, médicos, policía, instrucción del sumario y la amenaza, inevitable en apariencia, de la vista de la causa, temida con igual intensidad por todos los afectados. Por fortuna, los ricos cuentan no sólo en Viena, sino en todas partes, con abogados apañados, expertos en tapar asuntos molestos, y su experimentado maestro, el consejero de justicia Karplus, enseguida quitó hierro al tema. Con cortesía, citó a Klara a su despacho. Ella apareció sumamente elegante, provista de una venda muy coqueta, y leyó con curiosidad el contrato que la obligaba a viajar, antes de ser citada como testigo, a Estados Unidos, donde recibiría, además de una indemnización única por daños y perjuicios, una determinada suma de dinero cada primero de mes en el despacho de un lawyer. Klara, que desde luego no se deshacía por volver a ejercer de maniquí en Viena tras el escándalo y, por otra parte, había sido expulsada de la casa por su familia, leyó sin muestra alguna de indignación los cuatro folios del contrato, calculó rauda la suma total, la consideró asombrosamente elevada y planteó al buen tuntún una exigencia adicional de mil florines. Le fueron concedidos, de modo que firmó el contrato con una fugaz sonrisa, cruzó el gran charco y no se arrepintió de su decisión. Durante la travesía ya se le presentaron varias ofertas matrimoniales y pronto se produjo una decisiva: conoció en la pensión de Nueva York a su Van Boolean, en aquella época un insignificante

comisionista de una empresa exportadora holandesa que, sin embargo, tomó rápidamente la decisión de independizarse en el sur con el pequeño capital aportado por ella, cuyo origen romántico el hombre ni siquiera intuía. Al cabo de tres años tenían dos hijos, al cabo de cinco, una casa, al cabo de diez, una cuantiosa fortuna que la guerra, en lugar de aplastar ferozmente como ocurría en Europa, multiplicaba con creces en los demás continentes. Los dos hijos, ya adultos y duchos en el negocio, participaban en la agencia paterna, de tal modo que al cabo de muchos años los padres, ya mayores, pudieron permitirse sin preocuparse el lujo de un viaje largo y cómodo a Europa. Y aunque parezca extraño, no bien emergieron de la niebla las orillas llanas de Cherburgo, Claire vivió de pronto, en un brevísimo instante, un vuelco total de su sentimiento patrio. A pesar de sentirse norteamericana desde hacía tiempo, percibió, por el mero hecho de que ese trozo de tierra era Europa, una inesperada sensación de nostalgia por su propia juventud: soñó por la noche con las camitas enrejadas en que ella y su hermana durmieran una al lado de otra, recordó miles de detalles y de pronto sintió vergüenza de no haber escrito durante años a su hermana enviudada y empobrecida. Este pensamiento no le dio tregua: desde el mismo desembarcadero envió la carta que contenía un billete de cien dólares y la invitación. Ahora que había que trasladar la invitación a la hija, la señora Van Boolean sólo tuvo que hacer una señal, y el mozo de librea de color marrón acudió raudo como un dardo, le trajo, oída la solicitud, un formulario de telegrama y llevó, con el gorro pegado a las orejas, la hoja rellena a la oficina de correos. Minutos más tarde, los signos ascendían desde el traqueteante aparato Morse al techo, se introducían en la madeja oscilante de hilos de cobre, y el mensaje recorría en un santiamén mil kilómetros de alambre con una única descarga radioeléctrica, más rápida que los rechinantes ferrocarriles e indeciblemente más rápida que los automóviles, por mucho polvo que levanten. Un instante y ya había superado la frontera, otro instante y atravesaba Vorarlberg con sus miles de cumbres, el encantador Liechtenstein y el Tirol lleno de valles, y la palabra transformada como por arte de magia se precipitaba entonces desde las alturas glaciales a pleno valle del Danubio, a un transformador situado en Linz. Allí descansaba unos segundos y luego, más rápido de lo que puede pronunciarse la palabra «rápido», el mensaje descendía desde el conmutador instalado en el techo de Klein-Reifling hasta el sorprendido aparato receptor y se dirigía desde allí a un corazón asombrado, confuso y ardiente de curiosidad. Christine dobla la esquina, sube una escalera oscura que emite toda suerte de crujidos y llega a casa, una buhardilla compartida, provista de diminutos ventanucos, en lo alto de una estrecha casa campesina. Un gablete ancho y avanzado que sirve para recoger la nieve en invierno hurta a la planta de arriba cualquier filamento del sol durante el día; sólo al atardecer se desliza a veces un rayo delgado y ya inerte hasta los geranios que adornan el alféizar. Por eso, en aquel cuarto sombrío siempre huele a viciado y pantanoso, a la madera podrida de la cumbre y a sábanas mohosas; olores antiquísimos impregnan como hongos la madera. En tiempos normales, el cuarto seguramente sólo servía de granero, pero la postguerra, con su terrible escasez de viviendas, impuso la modestia y la necesidad de mostrar gratitud por el simple hecho de poder colocar dos camas, una mesa y un armario viejo en algún sitio entre cuatro paredes. Hasta el sillón de cuero, una herencia, ocupaba demasiado espacio y pasó por un módico precio a manos de un chamarilero, cosa esta que más tarde demostró ser un error por cuanto cada vez que a la anciana señora Hoflehner le flaquean los pies hinchados e hidrópicos, no le queda más remedio que acomodarse en la cama para descansar. La mujer agotada y prematuramente envejecida debe a los dos años de servicio en el sótano de un hospital de guerra, al que estaba asignada como conserje (pues con algo había que ganarse la vida), esas piernas enfermas, infladas, convertidas en masas deformes, voluminosas, recorridas por unas venas de peligroso color azul bajo las vendas de franela. Desde entonces, su andar sólo consiste en arrastrarse jadeando y a duras penas, y cada vez que se esfuerza o se emociona, la corpulenta señora debe llevarse la mano al corazón. No llegará a vieja, y lo sabe. Es por tanto una fortuna que el cuñado, un consejero áulico, encontrara a tiempo un puesto de ayudante de correos para Christine en medio del caos posterior a la revolución, un cargo miserablemente pagado en un pueblucho remoto. Sea como fuere: significaba un puñado de seguridad, unas cuantas tejas sobre la cabeza, un trozo de espacio para respirar, apenas suficiente para vivir y, más que nada, una forma de habituarse al aún más estrecho ataúd. Siempre huele a vinagre y a humedad, a enfermedad y a persona que guarda cama en aquel angosto rectángulo, y desde la minúscula cocina de al lado penetran por la puerta mal cerrada, como un velo que arde lentamente, el olor soso y el vapor de las comidas recalentadas. El primer movimiento, automático, de Christine al entrar en la habitación consiste en abrir la ventana de un tirón. La anciana, tumbada en la cama, se despierta al oír el rechinado y suspira. No puede evitarlo, pues suspira siempre, a cada gesto, así como un armario roto cruje antes incluso de tocarlo, simplemente porque alguien se le acerca: es el miedo previo y consciente del cuerpo reumático al dolor provocado por cada movimiento. Así pues, primero suspira y luego, después del inevitable gemido, pregunta mientras se levanta tambaleante: — ¿Qué pasa? La noción aún obnubilada sabe, sin embargo, que aún no es mediodía, que no es la hora de comer. Algo especial debe de haber ocurrido. En ese momento, la hija le entrega el telegrama. La mano apergaminada tantea con torpeza, pues

cada movimiento duele, en busca de las gafas en la mesa de noche y tarda en encontrarlas bajo los trastos de la farmacia y en ponerlas ante los ojos. Pero no bien ha descifrado la anciana el mensaje, algo así como una descarga eléctrica atraviesa el pesado cuerpo; y esa masa enorme abre de pronto la boca luchando por respirar, se tambalea y se abalanza con todo su peso irresistible sobre Christine. Ardiendo, la vieja se apoya en la hija asustada, se estremece, ríe, resuella, quiere hablar pero no puede y a la postre, apretando las manos contra el pecho, se derrumba, agotada, en la silla, donde respira jadeando y permanece inmóvil durante todo un minuto. Luego, sin embargo, de la boca temblorosa y desdentada brotan palabras desordenadas, apenas comprensibles, en fragmentos de frases tartamudeadas y semitragadas, inundadas una y otra vez por una risa confusa y triunfante; y mientras ella tartalea y gesticula cada vez más, en lugar de hacerse comprender, las lágrimas se derraman en un ancho torrente por las mejillas hasta la boca marchita y temblorosa. Sin orden ni concierto, lanza una retahíla excitada de palabras sobre la hija, desconcertada por el espectáculo ridículo y grotesco: que, gracias a Dios, todo ha acabado bien, que ahora podía morir tranquila, ella, mujer vieja, enferma e inútil. Sólo por eso hizo aquel peregrinaje el mes pasado, en junio, y solamente pidió una cosa, pidió que Klara, la hermana, viniese una vez antes de que ella muriera y se ocupase de la pobre niña. Sí, ahora está satisfecha. Aquí, aquí lo pone, no sólo escribió, sino que telegrafió a cambio de una buena suma de dinero para invitar a Christine al hotel y además mandó cien dólares hace dos semanas porque sí, porque Klara siempre se caracterizó por su corazón generoso, siempre fue buena y cariñosa. Y con esos cien dólares Christine no sólo puede viajar, sino engalanarse como una princesa antes de visitar a la tía en aquel elegante balneario. Sí, allí no saldrá de su asombro, allí verá cómo vive, cuán regaladamente, la gente distinguida, la gente adinerada. Por primera vez, gracias a Dios, estará tan a gusto como los demás y, por todos los santos, bien lo merece. ¿Qué le ha dado la vida hasta el momento? Nada, siempre sólo trabajo, servicio y ajetreo y para colmo también la preocupación por una mujer vieja, inútil, achacosa e inaguantable que ya debería estar hace tiempo bajo tierra y no puede hacer nada mejor que largarse por fin. Por su culpa y por la maldita guerra, Christine ha perdido toda la juventud, y a ella, ya vieja, le arrancaba el corazón ver cómo se le escapaban los mejores años. Ahora, sin embargo, puede probar fortuna. Ha de mostrarse cortés con el tío y la tía, cortés y humilde, y no dejarse intimidar por tía Klara, que tiene un corazón generoso, que es buena, que seguramente le ayudará a salir de este villorrio asfixiante, de este lugarejo campesino cuando ella, la madre, esté enterrada. Que actúe sin tenerla en cuenta si, al final, la tía le ofrece viajar con ella, que lo importante es marcharse de este estado degradado, de esta gente malvada y no preocuparse por la madre. Que ella ya encontrará un sitio en un hogar de beneficencia, que al fin y al cabo no durará mucho... Sí, ahora puede morir tranquila, ahora todo está bien. Una y otra vez se levanta la anciana, hinchada, envuelta en telas y enaguas, se tambalea sobre sus piernas elefantinas, se mueve aquí y allá con pasos pesados haciendo crujir el entarimado. Una y otra vez se tapa los ojos con el gran pañuelo colorado porque las lágrimas le inundan de llanto el júbilo, y gesticula cada vez con más vehemencia, y siempre se ve obligada a refrenar su entusiasmo con el fin de sentarse de nuevo, suspirar, sonarse la nariz y recobrar el aliento para soltar otra retahíla de palabras. Y una y otra vez se le ocurren ideas nuevas, y habla y habla y chilla y lanza gritos de júbilo y suspira y llora sin orden ni concierto por el éxito de su sorpresa. De pronto, en un instante de agotamiento, la madre se da cuenta de que Christine, destinataria de todo el júbilo, está totalmente pálida, obnubilada y avergonzada, mirando con asombro y sobre todo con desconcierto, y no sabe qué responder. La anciana se enfada. Reuniendo sus fuerzas se levanta otra vez de la silla, se dirige a ella, agarra con energía a la atónita, la colma de besos fuertes y húmedos, la abraza y la sacude, como si quisiera despertar de un sueño a la asustada: —Oye, ¿por qué no dices nada? ¿A quién importa esto más que a ti, qué te pasa, tontita? Estás ahí como un palo y no dices nada ni abres la boca, ¡y mira la suerte que has tenido! ¡Alégrate, mujer! Pero ¿por qué no te alegras? El reglamento se muestra tajante a la hora de prohibir a los funcionarios de correos abandonar por un tiempo prolongado las oficinas durante las horas de servicio, y ni siquiera la circunstancia privada más importante se sostiene ante la ley del estado: primero está la administración y luego el ser humano, primero la letra y luego el sentido. Pocos minutos más tarde, pues, después de la fugaz interrupción, la ayudante de correos de Klein-Reiffing vuelve a sentarse, servicial, tras la ventanilla. Nadie ha preguntado por ella. Dormidos como antes, los formularios yacen esparcidos sobre la mesa abandonada, el aparato de telégrafo, que hace escaso tiempo le inyectó fuego en la sangre, brilla mudo y amarillo en la penumbra del despacho. Gracias a Dios, nadie ha venido y nada se ha perdido. La ayudante de correos puede reflexionar con la conciencia tranquila sobre la noticia perturbadora de la cual aún no sabe siquiera, por el tumulto de la sorpresa, si saltó desde los hilos telegráficos a la casa como una nueva embarazosa o bienvenida. Los pensamientos se ordenan poco a poco. Debe irse, alejarse por primera vez de su madre, por catorce días o quizá más, visitar a gente extraña, no, a tía Klara, hermana de su madre, en un elegante hotel. Debe tomarse unas vacaciones, unas vacaciones reales, como Dios manda, descansar por primera vez después de innumerables años, ver el mundo, algo nuevo, algo diferente. Christine le da vueltas. De



hecho, es una noticia positiva, y la madre tiene razón, en efecto, tiene razón de estar contenta. En rigor, es la mejor noticia que ha caído en la casa desde hace años y años. Liberarse por vez primera del servicio, ser libre, ver caras nuevas, un trozo de mundo, ¿no es realmente un regalo del cielo? Y de pronto percibe en el oído la pregunta sorprendida, asustada, casi colérica de la madre: «Pero ¿por qué no te alegras?» En efecto, la madre tiene razón: ¿por qué no me alegro? ¿Por qué no se conmueve nada dentro de mí, por qué no me agarra y me sacude y me da media vuelta? Se ausculta una y otra vez por ver si en su interior se anuncia una respuesta a esta sorpresa positiva caída del cielo, pero nada: sólo siente confusión y una sensación de terror llena de interrogantes. Es extraño, piensa, ¿por qué no me alegro? ¿No soltaba siempre con un suspiro las tarjetas postales después de retirarlas de la saca de la correspondencia para su distribución y de mirarlas cientos de veces: los grises fiordos noruegos, los bulevares parisinos, la bahía de Sorrento, las pétreas pirámides de Nueva York? ¿Cuándo me tocará a mí? ¿Cuándo me tocará también a mí? Lo que he soñado en esas mañanas largas y vacuas: desencadenarme de la rutina absurda, de la carrera asesina con el tiempo. Descansar algún día, tener tiempo a raudales y en plenitud, no siempre tiempo desgarrado y troceado de tal modo que le corta a uno los dedos. Vivir tan sólo una vez sin el curso cotidiano que empieza con el despertador, ese perseguidor asesino del sueño, que nos va detrás, nos obliga a levantarnos, vestirnos, poner la estufa, ir a buscar la leche y el pan, encender el fuego, sellar, escribir, telefonar, y volver luego a casa, a la tabla de planchar, a la cocina, a lavar, cocinar, remendar, atender a la enferma y caer finalmente rendida y dormir. Cientos de veces lo he soñado, miles de veces, aquí en esta misma mesa, aquí en esta jaula corroída, y ahora por fin se abalanza sobre mí, ahora debo viajar, debo marcharme, ser libre, y sin embargo —mamá tiene razón— ¿por qué no me alegro? ¿Por qué no estoy dispuesta? Sentada con la mirada fija y los hombros caídos, contempla la pared fría y ajena, y espera y espera por ver si, invocada con tal fuerza, se moviliza en ella alguna alegría tardía. Contiene sin querer la respiración y ausculta como una embarazada su cuerpo, escucha y se inclina profundamente hacia sus adentros. Pero no se mueve nada, todo sigue mudo y vacío, como un bosque sin el cantar de los pájaros, y la joven de veintiocho años se afana cada vez más por recordar cómo es eso de alegrarse y se percata aterrorizada de que ya no lo sabe: es como un idioma extranjero aprendido en la infancia y olvidado después, del que sólo sabemos que en su día lo dominábamos. Trata de recordar cuándo se alegró por última vez, se esfuerza pensando, y dos arrugas cortan con rigor la frente inclinada. Poco a poco se acuerda: una imagen sale como si fuera de un espejo cegado, una muchachita rubia de piernas como palillos, haciendo bambolear, muy fresca ella, el vademécum sobre la falda corta de algodón. Una docena de chicos revolotean a su alrededor: juegan a bádminton en un jardín de un barrio residencial vienés. Cada segundo se alza un trino diáfano de euforia, un cohete de risas con el volante, y entonces recuerda con qué facilidad y soltura se movía la risa, siempre muy próxima, en la garganta, la piel le cosquilleaba, y la sangre era toda torbellino y efervescencia; sólo hacía falta sacudirse un poco y la risa brotaba de los labios, tan suelta estaba en la gola, casi demasiado suelta. En la escuela había que agarrarse del banco y morderse los labios para no empezar a trompetear en medio de la clase de francés por culpa de alguna palabra cómica o de alguna bobada. Porque cualquier nonada estimulaba la risa rebosante e infantil. Un maestro tartamudo, una mueca ante un espejo, un oficial que te miraba en la calle, cualquier bagatela, cualquier broma minúscula y absurda, una estaba tan cargada de risa que cualquier chispa la hacía estallar. Esa risa suelta y traviesa siempre estaba allí, dispuesta, y hasta durante el sueño dibujaba sus alegres arabescos en la boca de la niña. Y de repente, todo negro y extinguido como un pabilo apagado. 1914, uno de agosto. Por la tarde fue a la piscina; como un rayo diáfano, vio desnudo su cuerpo erguido al quitarse la camisa, un cuerpo redondeado, blanco, ardiente, sano y flexible. Luego lo refrescó de un modo maravilloso, nadando y chapoteando, jugando a carreras con las amigas sobre las planchas crujientes: todavía oye las risas y resoplidos de esa media docena de adolescentes. Luego volvieron a casa, corriendo a toda prisa, con pasos ágiles, porque, claro está, llegaban tarde, y ella había de ayudar a su madre a hacer la maleta: en dos días se iban a veranear al valle del Kamp. Subió las escaleras de tres en tres y franqueó la puerta jadeando. Pero, apenas entró, sucedió algo extraño: el padre y la madre dejaron de hablar y apartaron la mirada de forma evidente. El padre, al que acaba de oír hablar en voz desmesuradamente alta, se enfrasca en la lectura del periódico con un interés sospechoso, y la madre debe de haber llorado porque estruja, nerviosa, el pañuelo y se dirige con pasos apresurados a la ventana. ¿Qué ha ocurrido? ¿Se han peleado? No, jamás lo han hecho, y no puede ser, pues el padre se vuelve de pronto hacia la madre y —nunca lo ha visto mostrar tanta ternura— le pone la mano en el hombro, que se sacude. Pero la madre no devuelve la mirada; las sacudidas, sin embargo, se toman más intensas cuando percibe ese contacto mudo. ¿Qué ha ocurrido? Ninguno de los dos se preocupa por la hija, ninguno la mira siquiera. Ahora, doce años más tarde, recuerda el miedo que pasó entonces. ¿Estarán enfadados con ella? ¿Ha hecho algo malo? Asustada —un niño siempre rebosa de temores y sentimientos de culpa— sale a hurtadillas a la cocina, donde Bozena, la cocinera, le informa que Geza, el vecino y asistente de un oficial, le contó —y él debe de saberlo— que el asunto empezaba en

serio y que ya convertirían en gulash a los malditos serbios. Así las cosas, su hermano Otto, teniente en la reserva, y también el marido de su hermana, los dos, habrían de irse al frente y por eso se mostraban tan perturbados el padre y la madre. En efecto, a la mañana siguiente, Otto se encuentra de pronto en la habitación con el uniforme gris azulado de los cazadores, con la bandolera puesta y con guarnición dorada en el sable. El sustituto de profesor de enseñanza secundaria suele llevar una levita negra mal cepillada, y la dignidad del negro resulta casi ridícula en aquel muchacho pálido, delgado y espigado de pelo pajizo cortado casi al rape, al que un vello blando, de color clara de huevo, le cubre las mejillas. Ahora, sin embargo, rígido en la guerrera de talle ceñido, trata de mostrar una expresión enérgica en torno a los labios y a su hermana le parece nuevo y diferente. Lo mira con el orgullo estúpido propio de una adolescente y junta las manos: —Caramba, sí que estás guapo. La madre, normalmente una mujer de modales suaves, le da en eso un empujón, de suerte que la hija choca con el codo contra el armario. — ¿No te da vergüenza, desalmada? Pero el estallido de ira sólo sirve de consuelo para el dolor reprimido, y un amplio sollozo se derrama entonces entre los labios atacados por movimientos convulsivos, y unos gritos agudos y tajantes emergen de las comisuras al tiempo que la desesperada se aferra con todo el peso de su cuerpo al joven, el cual gira la cabeza en un gesto violento, tratando de adoptar una postura viril y balbuceando algo sobre la patria y el deber. El padre aparta la vista, incapaz de mirar, de suerte que el joven, pálido y apretando los dientes, casi se ve obligado a soltarse por la fuerza del vehemente abrazo materno. En un gesto fugaz y apresurado, besa a su madre en las mejillas, da rápidamente la mano al padre que permanece tieso, en una postura del todo antinatural, y pasa de largo ante Christine, lanzándole un precipitado «adiós». Y el sable ya baja sonando la escalera. Por la tarde acude a despedirse el marido de la hermana, funcionario municipal y sargento mayor destinado a la impedimenta. Es más cómodo, el hombre se sabe fuera de peligro, se da pote, hace como si fuese todo una broma, consuela con chistes agradables y se marcha. Atrás quedan dos sombras, la mujer del hermano, embarazada de cuatro meses, y la hermana con su hijito. Cada noche, ambas se sientan con ellos a la mesa, y siempre se tiene la sensación de que la lámpara arde más oscura. Cuando Christine, inocente, dice algo alegre, todos los ojos la miran con rigor, y ella se avergüenza: qué mala que es, qué poco seria, qué infantil todavía. Sin querer, va adquiriendo la costumbre del silencio. La risa se ha extinguido en las habitaciones y el sueño se vuelve tenue entre las paredes. De noche, cuando se despierta por casualidad, oye a veces un ruido persistente y apenas perceptible desde el cuarto contiguo, algo así como un goteo fantasmagórico: es la madre que, incapaz de dormir, lleva horas rezando por el hermano, arrodillada ante la imagen iluminada de María. Y luego 1915, diecisiete años. Los padres han envejecido una década. El padre se encoge como si un trago de lejía lo consumiera por dentro, amarillo, maltratado e inclinado se arrastra de una habitación a la otra, y todos saben que el negocio le preocupa. Desde hace sesenta años, desde la época del abuelo, no ha habido nadie en toda la monarquía que supiera preparar los cuernos de gamuza y disecar las presas de caza con el arte con que lo hacía Bonifazius Hoflehner e Hijo. Preparó los trofeos de caza para los palacios de los Eszterházy, de los Schwarzenberg y hasta de los archiduques, trabajó hasta con cuatro o cinco ayudantes, de forma limpia, honrada y diligente, desde la mañana hasta altas horas de la noche. Pero en esta época asesina en que únicamente se dispara a las personas, el gatillo permanece quieto durante semanas enteras, el puerperio de la nuera y la enfermedad del nieto, en cambio, cuestan dinero. Cada vez están más caídos los hombros de ese señor que con el tiempo se ha vuelto taciturno, y un día caen del todo, cuando llega la carta de Isonzo, por primera vez no escrita por Otto, el hijo, sino por el capitán, y ellos ya saben: muerte heroica al frente de la compañía, eterno recuerdo, etcétera. La casa se vuelve más y más silenciosa; la madre ha dejado de rezar, la luz se ha apagado sobre la imagen de María; la madre olvidó poner más aceite. 1916, dieciocho años. Unas palabras nuevas recorren incansables la casa; demasiado caro. La madre, el padre, la hermana, la nuera huyen de sus preocupaciones y se refugian en la pequeña miseria de los papelititos que usan para calcular los gastos de la pobre vida cotidiana desde la mañana a la noche. Demasiado cara es la carne, demasiado cara la mantequilla, demasiado caros un par de zapatos: Christine apenas se atreve a respirar por miedo a que salga demasiado caro. Como si estuvieran asustadas, las cosas más necesarias de la simple vida cotidiana huyen y se esconden en cuevas de marmotas y tejoneras, y hay que perseguir a estas extorsionadoras, pues quiere el pan que lo mendiguen, el puñado de verduras, que lo arrapen en la tienda de comestibles, los huevos, que los busquen en el campo, el carbón, que lo traigan desde la estación en una carretilla. Es una caza diaria y competitiva practicada por miles de mujeres hambrientas y ateridas, y el botín es cada día más escaso. A todo esto, el padre tiene problemas estomacales y necesita una alimentación ligera y especial. Desde que tuvo que retirar el letrero de «Bonifazius Hoflehner» de la tienda y vender el local ya no habla con nadie y se limita a apretarse el vientre con las manos y a gemir cuando se cree solo. De hecho, habría que llamar al médico, pero: «demasiado caro», dice el padre y prefiere retorcerse secretamente de dolor. Y 1917, diecinueve años; enterraron al padre dos días después de Nochevieja, el dinero de la cuenta de ahorro alcanzó justo para mandar teñir la ropa de negro. La vida resulta cada

vez más cara, ya han alquilado dos habitaciones a una pareja de refugiados de Brody, Galitzia, pero no alcanza, no alcanza así se maten trabajando desde la madrugada hasta altas horas de la noche. Al final, el tío, consejero áulico en un ministerio, les consigue empleo en el hospital de Korneuburg, para la madre un puesto de conserje y para Christine, uno de oficinista. Si no estuviera tan lejos... Hay que viajar al amanecer en un vagón helado carente de calefacción y volver a la noche. Luego, ordenar, fregar, remendar, zurcir y coser, hasta que, sin pensar ni desear nada, una cae como un saco derribado en un sueño poco benigno del que querría no despertar nunca. Y 1918, veinte años. Sigue la guerra, aún no ha habido un día libre y carente de preocupaciones, aún no ha habido tiempo para lanzar una mirada al espejo o dar un paseo por la calle. La madre empieza a quejarse de que se le hinchan las piernas en el sótano húmedo del hospital, pero Christine apenas tiene ya la fuerza necesaria para sentir compasión. Desde hace demasiado tiempo comparte el techo con toda suerte de achaques y defectos; algo se ha insensibilizado en ella desde que debe registrar en la máquina de escribir entre setenta y ochenta casos diarios de mutilaciones terribles. A veces acude a verla a la oficina, apoyándose en la muleta pues la pierna izquierda la tiene destrozada, un pequeño teniente oriundo del Banato, de pelo rubio dorado como el trigo de su suelo natal y, no obstante, con el rostro infantil y todavía indeterminado arrugado por el terror. Nostálgico, el pobre niño rubio y perdido cuenta, en un alemán suave antiguo, historias de su pueblo, de su perro, de sus caballos. Una noche se besan en un banco del jardín, más por compasión que por amor, y él anuncia luego su intención de casarse con ella tan pronto acabe la guerra. Christine sonríe agotada, sin tomar en consideración sus palabras; ni siquiera osa pensar que la guerra pueda terminar. Y 1919, veintiún años. La guerra ha terminado, en efecto, pero no la miseria. Sólo se ha agazapado bajo el fuego graneado de los decretos, sólo se ha escondido con astucia bajo las casamatas de papel de los billetes de banco y los empréstitos de guerra recién salidos de imprenta. Ahora emerge hambriento e insolente, con los ojos vacuos y la boca grande, y devora los últimos restos de las cloacas de la guerra. Del cielo cae la nieve de todo un invierno de cifras y ceros, cientos de miles, millones, pero cada copo, cada billete de mil se deshace en la mano ansiosa. El dinero se derrite mientras duermen, se deshoja mientras uno va a cambiar los desastrados zapatos de tacones de madera y corre por segunda vez al tenderete, pues uno siempre está de camino y siempre llega tarde. La vida se convierte en matemáticas, en sumar y multiplicar, en un círculo vertiginoso de cifras y números, y el torbellino absorbe hasta las últimas posesiones en su nada negra e insaciable: arranca el broche de oro del pecho de la madre, la alianza del dedo, el mantel de damasco de la mesa. Pero por mucho que se le eche, el agujero negro e infernal no se puede tapar, no sirve tejer un jersey de lana hasta altas horas de la noche ni alquilar todas las habitaciones ni dormir dos personas en la cocina. El sueño, sin embargo, es todo cuanto uno puede permitirse, lo único que no cuesta nada; cuando llega la noche, arrojar el cuerpo agotado, escuálido, pálido y todavía virginal sobre el colchón para no saber nada, durante seis o siete horas, de este tiempo apocalíptico. Y luego, 1920, 1921. Veintidós, veintitrés años, la flor de la juventud como dicen. Pero nadie se lo dice a ella, y ella no lo sabe. De la mañana a la noche sólo una idea: ¿cómo arreglárselas con este dinero cada vez más escaso? La situación ha mejorado mínimamente. El tío, consejero áulico, ha vuelto a ayudar, ha ido personalmente a la dirección, a ver a un amigo de las partidas de tarock, para mendigar un puesto de ayudante de correos, en Klein-Reifling, claro, un miserable pueblucho de viñadores, pero una posibilidad de colocación fija, una tabla de seguridad. El sueldo, escaso, alcanza para una persona, pero como el cuñado no tiene espacio en la casa, ella debe acoger a la madre y estirar cada número uno para convertirlo en un dos: los días siguen empezando con el ahorro y acabando con cálculos. Cada cerilla está contada, cada grano de café, cada grumo de harina en la masa. Sea como fuere, se respira, se vive. Y 1922, 1923, 1924, veinticuatro, veinticinco, veintiséis años. ¿Es joven todavía? ¿Es ya vieja? Algunas arrugas se dibujan suavemente en las sienes, las piernas se cansan a veces, y la cabeza duele de manera extraña en primavera. No obstante, las cosas avanzan y mejoran. El dinero yace sólido y redondo en la mano, ella tiene un puesto fijo, ostenta el título de ayudante de correos, y hasta el cuñado envía a principios de mes dos o tres billetes de banco para la madre. Sería el momento de intentar discretamente el regreso a la juventud; la madre insiste en que salga, que se divierta. Por último consigue que la hija se apunte a las clases de baile organizadas en el pueblo vecino. El aprendizaje rítmico de las danzas no resultará fácil por cuanto la fatiga ya se ha asentado profundamente en la sangre, y a veces tiene la sensación de que se le congelaron las articulaciones y ni siquiera la música logra descongelárselas. Practica laboriosamente los pasos indicados, pero la cosa no la seduce, no la fascina, y por primera vez intuye: demasiado tarde, la juventud ha sido destrozada, desgarrada por la guerra. Un resorte debe de haberse roto en su interior, y los hombres lo perciben de alguna manera, pues ninguno la corteja de verdad, a pesar del aspecto aristocrático de su perfil delicado y rubio al lado de los semblantes rudos de las aldeanas, redondos y colorados como manzanas. Sin embargo, estas chicas de la postguerra, de diecisiete, dieciocho años de edad, no esperan en silencio y con paciencia que alguien las desee y las elija. Exigen la diversión como un derecho y la exigen de modo vehemente, como si no quisiesen vivir sólo su propia

juventud, sino también la de los cientos de miles de muertos y enterrados. A sus veintiséis años, Christine contempla con cierta sensación de terror cuán seguras y deseosas se comportan esas muchachas: qué ojos sapientes y atrevidos, qué cinturas provocativas, cómo ríen inequívocamente bajo las caricias más osadas de los chicos y cómo, camino de casa, se desvían una tras otra al bosque, sin avergonzarse, cada una con un hombre. Ella siente asco. En medio de esa generación ávida y grosera de la postguerra, se nota viejísima y cansada, inútil y atropellada, sin ganas ni capacidad para competir. En general: ¡se acabaron las luchas, se acabaron los esfuerzos! Sólo cabe respirar tranquilamente, soñar despierta y en silencio, realizar el trabajo encomendado, regar las flores de la ventana, no querer nada ni desear nada. No provocar nada, nada nuevo, nada excitante: a los veintiséis años, Christine, despojada de su década de juventud por la guerra, ya no tiene ni la fuerza ni el ánimo necesarios para alegrarse. Sin querer, Christine suspira y emerge así de sus pensamientos. El mero hecho de pensar en todo el espanto de su juventud la fatiga. ¡Vaya tontería lo que ha urdido su madre! ¿Por qué irse ahora, para ver, además, a una tía a la que no conoce y estar entre gente con la que no se entiende? Pero bueno, ¿qué puede hacer ella? Mamá lo quiere así y la idea la alegra, de modo que no debe oponerse: además, ¿para qué oponerse? ¡Una está tan cansada, tan agotada! Resignada, parsimoniosa, la ayudante de correos saca un folio del cajón superior del escritorio, lo dobla con cuidado por la mitad, pone una pauta debajo y escribe con letra pulcra y clara, de hermosos gruesos y perfiles, a la dirección de correos en Viena, solicitando poder tomarse enseguida, por causa familiar, las vacaciones que le corresponden por ley y ser relevada por una sustituta a partir de la semana próxima. Luego pide a la hermana que le consiga en Viena el visado para Suiza, que le preste una maletita y que venga a verla para discutir asuntos relativos a su madre. Y en los días siguientes prepara todo para el viaje, con precisión y cuidado, sin prisa, sin alegrarse ni esperar nada, sin interés, como si no formara parte de su vida, sino de lo único que la guía: el servicio y el deber. Los preparativos duran toda la semana. Las noches transcurren dedicando todo el esmero a coser, remendar, limpiar y reformar viejas pertenencias y, en vez de comprar algo con los dólares recibidos —mejor será ahorrarlos, considera la pequeña burguesa pusilánime—, la hermana le ha prestado algo de su propio vestuario, un abrigo de viaje de color amarillo chillón, una blusa verde, un broche de mosaico comprado por la madre en Venecia durante el viaje de novios, así como una maletita de mimbre. Será suficiente, opina, pues las montañas no son lugar para vestirse de gala, y si a Christine le falta algo, lo mejor será comprarlo in situ. Por fin llega el día de la partida. El maestro de la aldea vecina, Franz Fuchsthaler, lleva la maleta personalmente a la estación, pues insiste en realizar este acto de amistad. Apenas se enteró de la noticia, este hombrecito débil de ojos azules temerosamente ocultos tras las gafas acudió a casa de las Hoflehner para ofrecerles ayuda; son las únicas personas con quienes cultiva la amistad en aquella aldea de viñadores. Su mujer permanece desde hace más de un año, desahuciada por los médicos, en el hospital estatal de tuberculosos de Alland, y los dos hijos están repartidos entre parientes que viven fuera y se encargan de su manutención; así las cosas, el hombre permanece casi todas las noches solo en sus dos habitaciones desiertas y se dedica a actividades pequeñas e insignificantes, sin hacer ruido y con amor de aficionado. Colecciona plantas en herbarios, caligrafía con letra redondilla los nombres de las flores, escribiéndolos bajo las hojas secas y planas, con tinta roja los latinos y con negra los alemanes; encuaderna personalmente sus queridos libritos de color ladrillo de la editorial Reclam metiéndolos en tapas de cartón multicolores, e imita con precisión microscópica, de tal modo que el parecido es casi absoluto, las letras de imprenta en los lomos de los volúmenes, utilizando para tal fin una afiladísima pluma de dibujo. Muy tarde, cuando sabe que los vecinos están durmiendo, toca el violín, generalmente Schubert y Mendelssohn, con un estilo un tanto rígido, pero esforzándose al máximo y leyendo las notas de partituras copiadas por él mismo, o escribe de libros prestados las ideas y versos más bellos en hojas plegadas en cuarto, en un papel de granos blancos y delicadísimo que encuaderna cada vez que alcanza la página cien, para hacer un álbum nuevo con tapa de papel satinado y letrero de colores. Cual si fuese un copista del Alcorán, le gusta la caligrafía redonda y delicada, las letras suaves que, sin embargo, remata con sombras fuertes, y todo por un placer mudo que, en silencio, pero rebosante de vida, pasa del esfuerzo interno a lo visible: los libros son las flores del hogar para este hombre modesto, tranquilo y vegetativo que no posee un jardín ante su piso municipal, y le gusta alinearlos en los estantes para conformar avenidas multicolores; cuida cada uno con una alegría de jardinero anticuado y los coge con las manos delgadas y anémicas cual si fuesen algo frágil. Nunca ha pisado la fonda del pueblo. Odia el humo y la cerveza con el temor de los piadosos al mal; cuando oye las voces groseras de borrachos o de personas enfrascadas en una pelea o discusión detrás de alguna ventana, pasa a toda prisa con pasos precipitados que denotan amargura. Los únicos seres humanos con los cuales tiene trato desde la enfermedad de su mujer son las Hoflehner. Las visita a menudo después de cenar, para charlar o —cosa que les gusta— para leerles libros con voz seca, aunque rica en matices musicales cuando le embarga la emoción, preferentemente Flores del campo de su compatriota Adalbert Stifter. Su alma tímida y un tanto estrecha se siente imperceptiblemente ensanchada cada vez que, al alzar la vista del libro, observa a la joven que

presta atención e inclina la cabeza rubia; viendo su intenso interés se siente comprendido. La madre nota lo que crece en él y se da cuenta de que, tras cumplirse el destino inevitable de la esposa, las miradas que lanzará a su hija tendrán un sentido nuevo y más audaz. Pero la joven, acostumbrada a la paciencia, calla; ha olvidado hace tiempo pensar en ella misma. El maestro lleva la maleta colgada del hombro derecho, más bajo, indiferente a las risas de los escolares. La carga no pesa demasiado, pero debe contener la respiración durante todo el camino para seguir el ritmo de Christine que, impaciente y nerviosa, se ha adelantado; la despedida la ha conmovido por su inesperada crueldad. A pesar de la prohibición expresa del médico, la madre, tambaleándose, bajó tres veces hasta el portal para seguirla, como si un miedo inexplicable la impulsara a aferrarse a su hija y, a pesar de la premura, tres veces tuvo ella que acompañar arriba a la voluminosa anciana que lloraba a lágrima viva. Y se repitió entonces lo que tantas veces había ocurrido en las últimas semanas: en medio del llanto y de las palabras excitadas, la anciana se quedó de pronto sin aliento y hubo que acostarla. En tal estado la dejó Christine y la preocupación la estremece ahora como una culpa personal: —Dios mío, si llega a ocurrirle algo, nunca la he visto tan nerviosa, y ahora ya no estaré —se lamenta—. ¿Y si necesita algo por la noche? Mi hermana sólo vendrá los domingos desde Viena. La chica de la panadería me ha jurado y rejurado que se quedará con mamá al anochecer, pero no se puede confiar en ella; cuando hay un baile de por medio, deja plantada hasta a su propia madre. No, no debería haberlo hecho, no debería haberme dejado convencer. Viajar sólo sirve para gente que no tiene enfermos en casa, no para nosotros, y menos aún marcharse tan lejos porque ahora ya no podré volver en cualquier momento. ¿De qué me sirve tanto viaje? ¿Cómo voy a disfrutar si esto no me deja en paz, si tengo que pensar en ella a cada minuto, que si le falta algo, que si no hay nadie en casa, que si los de abajo no oyen el timbre o no quieren oírlo? Porque los caseros no nos quieren en la casa; si fuera por ellos, nos habrían desahuciado hace tiempo. Y también pedí a la ayudante, la de Linz, que echara un vistazo al mediodía y al anochecer, pero esa persona fría y avellanada sólo soltó un «sí», uno de esos síes que no sabes si son de verdad o no. ¿No debería telegrafiar y cancelar la visita? ¿Qué le importa a la tía si voy o no? Sólo a mamá se le ha metido en la cabeza que esa gente se interesa por nosotros. De ser así, habrían escrito hace tiempo desde Estados Unidos o habrían enviado paquetes con alimentos en la época de penuria, como hicieron miles de personas. Cuántos he despachado yo misma, pero nunca llegó uno de una tía carnal dirigido a mi madre. No, no debería haber cedido, y si de mí dependiera, cancelaría la visita ahora mismo. No sé por qué, pero me da miedo. No debería irme, no. Mientras sigue a toda prisa, el hombrecillo tímido y rubio que la acompaña recupera cada tanto el aliento para tranquilizarla. Que no se preocupe, que él promete encargarse de su madre y atenderla cada día. Si hay alguien con derecho a permitirse por fin unas vacaciones, esa persona es ella, que no ha descansado ni un solo día durante años. Él mismo sería el primero en desaconsejarle el viaje, si éste fuera contrario a sus deberes; pero que no se preocupe, que él la mantendrá informada día a día. Jadeando, hablando a toda prisa y sin orden ni concierto, dice lo primero que se le ocurre para calmarla y, en efecto, su insistencia la alivia. Christine no presta mucha atención a las palabras del maestro, pero percibe la presencia de alguien en quien confiar. Una vez en la estación —ya se anuncia la llegada del tren—, el modesto acompañante carraspea, ceremonioso y cohibido. Christine nota desde hace un buen rato que el hombre se apoya ora en la pierna izquierda, ora en la derecha, y quiere decir algo, pero no se atreve. Por último, aprovecha una pausa y saca tímidamente algo blanco y plegado del bolsillo superior de la chaqueta. Pide perdón. No es desde luego un regalo, dice, sino sólo un detallito que tal vez le resulte de utilidad. Sorprendida, Christine despliega el papel de tina alargado. Es un mapa estrecho que muestra su viaje desde Linz a Pontresina y se despliega como un acordeón; todos los fíos, montañas y ciudades que aparecen a lo largo de la vía férrea están registrados en dimensiones microscópicas con tinta china, las montañas están plumeadas con rayas más espaciadas o más apretadas según su altura, indicada por unos números diminutos, los cursos de los ríos están pintados con lápiz de color azul y las ciudades, con lápiz rojo, al tiempo que las distancias quedan reflejadas en una tabla que hay abajo a la derecha, tal como ocurre en los grandes mapas escolares del instituto geográfico, pero en este caso copiadas con cariñoso esfuerzo y lúdica paciencia por un maestrillo. Christine, pasmada, se ruboriza. Su alegría anima al tímido. El hombre saca entonces otro mapita, en este caso rectangular y guarnecido con un ribete dorado: es el mapa de Engadina, copiado del gran mapa del estado mayor suizo, todo el territorio calcado con sumo arte hasta en los más ínfimos detalles; en el centro se halla un edificio resaltado de forma particularmente solemne mediante un minúsculo círculo trazado con tinta roja. El hotel donde ella se alojará, explica el maestro que lo sacó de un viejo Baedeker, y añade: de este modo podrá orientarse en todas sus excursiones sin miedo de perderse. Realmente conmovida, Christine le da las gracias. El entrañable hombrecillo debe de haber dedicado días a su esfuerzo por conseguir los modelos en alguna biblioteca de Linz o de Viena y noches enteras a dibujar y colorear esos mapas con cariñosa paciencia, con un lápiz al que debió de sacarle punta cientos de veces y con una pluma de dibujo comprada expresamente para la ocasión, todo con el único fin de dar desde su pobreza una alegría al mismo tiempo útil y proporcionada a su amiga.

El maestro ha previsto y acompañado desde dentro, kilómetro a kilómetro, el viaje ni siquiera empezado de Christine, su camino y su destino debe de haber estado presente día y noche en los pensamientos del hombre. En el instante en que ella, conmovida, da la mano al hombrecillo asustado por su propio atrevimiento, ve por primera vez como quien dice sus ojos escondidos detrás de las gafas. Son de un azul suave, infantil y bondadoso que, mientras ella lo mira, se vuelve más oscuro y enigmático por la profundidad del sentimiento. Y Christine siente de pronto en su presencia un calor desconocido hasta entonces, una sensación de afecto y de confianza que jamás había sentido por un hombre. En ese momento, un sentimiento del todo confuso se convierte de golpe y porrazo en una decisión; agradecida, le estrecha la mano más tiempo y de manera más cordial que nunca. Él también percibe el cambio de actitud, se le inflaman las sienes, se cohíbe, respira hondo y lucha por la palabra adecuada. Pero en eso se acerca la locomotora, bufando cual animal maligno, y aparta el aire hacia ambos lados, de suerte que a Christine casi se le vuelan los papeles de la mano. Sólo queda un minuto. Se sube al tren a toda prisa y desde la ventanilla ve únicamente un pañuelo blanco que ondea y que pronto se diluye convertido en humo y distancia. Entonces se queda sola: sola por primera vez en muchos años. Aplastada en el rincón de madera del vagón, la agotada atraviesa un atardecer sombrío y nuboso, con un paisaje gris tras los cristales cubiertos de lluvia. Al principio pasan deslizándose algunas poblaciones pequeñas y borrosas en la penumbra, como animales que huyen asustados, pero luego todo se introduce, ciego y vacío, en la niebla. No hay nadie más en su compartimiento de tercera clase, de modo que puede estirarse en el banco de madera y sentir de veras toda la profundidad de su cansancio. Intenta reflexionar, pero el monótono avance de las ruedas impide hilar pensamientos conexos, y cada vez se estrecha más sobre su frente dolorida la cofia narcótica del sueño, de ese sueño ferroviario pesado y aturridor en que uno permanece como atado e insensible dentro de un saco de carbón negro sacudido por ruidosos metales. Las ruedas avanzan a toda pastilla bajo el cuerpo trasladado sin percibir nada, metiendo bulla como siervos perseguidos, mientras el tiempo fluye sin medida, mudo e inasible, sobre la cabeza de Christine echada hacia atrás. Hasta tal punto descende su fatiga por esa marea negra que se despierta sobresaltada cuando por la mañana la puerta se abre de pronto con estruendo y un hombre de hombros anchos y bigote se planta ante ella con gesto severo. Necesita unos instantes para recuperar los sentidos adormecidos y comprender que el hombre no quiere nada malo, que no pretende ni detenerla ni secuestrarla, sino sólo echar un vistazo a su pasaporte, que ella saca del bolso con dedos ateridos. Durante unos segundos, el funcionario compara con mirada escrutadora la fotografía pegada en el documento con el semblante inquieto de Christine. Ella tiembla intensamente; desde la guerra, los nervios todavía se sacuden por un miedo absurdo y, sin embargo, indestructible, grabado allí con hierro candente, a incumplir alguno de los cientos de miles de preceptos legales: pues cada persona ha infringido alguna ley y se ha hecho culpable. Sin embargo, el gendarme le devuelve el pasaporte con expresión amable, tocando con gesto indolente la visera de la gorra, y cierra la puerta con más cuidado que cuando la abrió. De hecho, Christine podría estirarse de nuevo, pero el susto gélido le ha robado el sueño de los párpados. Se acerca a la ventana por curiosidad, para ver el exterior. Enseguida se sobresaltan sus sentidos. Porque detrás de los cristales helados, donde el horizonte de la llanura se perdía hace poco, (el sueño ignora el tiempo), como una onda fangosa en la niebla gris, se alzan ahora, (Christine no comprende ni cómo ni por qué), montañas con ímpetu pétreo del suelo, estructuras gigantescas, grandiosas, nunca vistas, y unos ojos aterrados contemplan por vez primera, en un vértigo de asombro, la majestad inconcebible de los Alpes. En ese preciso instante, un primer rayo de sol penetra por el ventanuco del paso situado en el este y se deshace tintineando en millones de reflejos al chocar con los hielos de las cumbres más altas, y la pureza de esa luz sin filtrar es de un blanco tan intenso que deslumbra. Christine debe cerrar los párpados por un instante. Pero precisamente el dolor la espabila. Un impulso, y le dan ganas de acercarse al portento; baja la ventanilla, el asombro le abre los labios, y enseguida penetra en los pulmones un aire nuevo, helado, afilado como vidrio y salpimentado con el hálito acre de la nieve: nunca respiró así, con tal profundidad y pureza. Regocijada, estira sin querer los brazos para absorber ese primer trago irreflexivo y ardiente y percibe en el acto, al ensanchar la caja torácica, un calor agradable que, proveniente de esa helada sorbida —maravilloso, maravilloso— recorre las venas sangre arriba. Sólo entonces, con el cuerpo quemado por el frescor, consigue mirar como es debido, a derecha y a izquierda, una cosa tras otra; la mirada, cuyo hielo se ha roto, tantea todas y cada una de las laderas graníticas hasta llegar arriba, al ribete más alto y helado, descubriendo en cada sitio una maravilla, aquí una cascada que dando una voltereta blanca se arroja cabeza abajo al valle, allá unas casas delicadas, cargadas de piedras, empotradas como nidos de pájaros en las grietas, acullá un águila soberbia que traza círculos sobre la más alta de las cumbres, y por encima de todo, ese azul puro, divino, embriagador, inconcebible en toda su fuerza jugosa y regocijante. La joven escapada de su mundo estrecho contempla una y otra vez ese espectáculo increíble, esas torres de sillería surgidas de la noche a la mañana de sus sueños. Esos gigantescos castillos graníticos de Dios deben de estar allí desde hace milenios; durante millones y millones de años esperarán allí, probablemente, cada uno

inamovible en su sitio, y sin el azar de este viaje ella habría podido morir, descomponerse y convertirse en polvo sin haber tenido ni una mínima idea de su prodigiosa presencia. Ha vivido apartada de todo ello, nunca lo ha visto y apenas ha deseado verlo; ha dormitado absurdamente en un espacio diminuto, apenas más ancho que la mano abierta, apenas más largo que el sitio para estirar las piernas, y a una noche de distancia, a un día de distancia empiezan la infinitud y la diversidad. De golpe, una vaga idea de todo lo desaprovechado penetra por primera vez en ese sentido hasta entonces indiferente y carente de deseo; por primera vez vive este ser humano, al entrar en contacto con lo superior, la energía del viaje, esa fuerza capaz de arar almas que con un único corte nos arranca del cuerpo la corteza dura de lo habitual y devuelve el núcleo desnudo y fructífero al elemento fluido de la metamorfosis. Desde el estallido de aquel primer instante, un ser humano totalmente extasiado aprieta con pasión y curiosidad la mejilla contra el marco de la ventana y pasa todo el tiempo emocionado ante el paisaje. Ningún pensamiento tantea ya el camino hacia atrás. Olvidados están la madre, la oficina, el pueblo; olvidado aquel mapa dibujado con ternura que se halla en el bolsito de mano y que podría nombrarle cada cumbre y cada uno de los arroyos alpinos que se precipitan a toda prisa al valle; olvidado el yo de ayer. Ahora es cuestión de llenar hasta la última gota, de asumir el cambio constante de esta maravilla, absorber cada una de estas imágenes que avanzan panorámicamente y al mismo tiempo beber una y otra vez, con los labios entreabiertos, el aire helado, picante y aromático como el enebro, el aire alpino que colorea de mayor intensidad y decisión el latido del corazón. Christine no abandona su sitio junto a la ventana ni un solo segundo de las cuatro horas que dura el trayecto, y tal es la concentración con que mira al exterior que olvida el tiempo y se sobresalta con un golpe rudo en el corazón cuando la máquina se detiene y el revisor anuncia en un dialecto extraño, pero de manera perfectamente identificable, la localidad que es el destino de su viaje. — ¡Dios mío! Se da un impulso para recobrar los sentidos entregados al goce. Ya ha llegado y no se ha preparado mentalmente, no ha pensado ni cómo saludar a la tía ni lo que debe decir. Recoge a toda prisa la maleta y el paraguas — ¡no conviene olvidar nada!— y sigue a quienes se apean del tren. En ese preciso instante, la militarmente disciplinada doble fila de los mozos, todos ellos tocados con gorras coloridas y ansiosos de cazar alguna presa, se dispersa para apoderarse de los recién llegados, y la estación vibra por los gritos que anuncian los hoteles y por los saludos expresados a voz en cuello. Sólo a ella no se le acerca nadie. Cada vez más inquieta, sintiendo el latido del corazón en lo alto de la garganta, mira y busca tímidamente a su alrededor. Pero nadie. Nada. A todos los esperan, todos saben el camino a seguir, menos ella: sólo ella no es esperada ni sabe adonde ir. Los viajeros se arraciman en torno a los automóviles de los hoteles, que esperan en fila lustrosa y multicolor como una batería lista para disparar, al tiempo que el andén se despuebla. Para ella no hay nadie; la han olvidado. La tía no ha venido; a lo mejor se marchó o está enferma, y cancelaron su visita, pero el telegrama no llegó a tiempo. Dios mío, ¡ojalá alcance el dinero para el viaje de regreso! Antes, sin embargo, saca fuerzas de flaqueza, osa acercarse a un portero cuya gorra lleva escrita las palabras «Palace Hotel» con letras doradas y pregunta con voz apenas audible si una tal familia Van Boolean se aloja en su hotel. — Claro, claro —responde con tono gutural el suizo, hombre ancho y de frente colorada. Que sí, que por supuesto. Tiene el encargo de venir a buscar a una señorita en la estación, añade. Que ella se suba tranquilamente al automóvil y le dé el recibo para recoger el equipaje en la consigna. Christine se ruboriza. Sólo entonces se da cuenta, herida, de lo pobre y reveladora que resulta la maletita de mimbre propia de un pordiosero que se bambolea en su mano, mientras junto a todos los otros coches se amontonan, magníficas, cual recién sacadas del escaparate, las flamantes, pulidas y metálicas torres acorazadas de los baúles-armario, colocadas entre dados y cubos abigarrados hechos de valiosas pieles: de piel de Rusia, de cocodrilo, de serpiente y de la lisa cabritilla. Enseguida percibe que la distancia entre aquéllos y ella ha quedado patente. No sabe dónde meterse. ¡Una mentira, rápido! El resto del equipaje vendrá más tarde. Pues bien, entonces ya pueden marcharse, declara —sin pizca de asombro ni de desprecio, gracias a Dios — el majestuoso hombre de librea, y abre la portezuela del coche. Aunque la vergüenza afecte a un solo punto, hasta el nervio más lejano de la personalidad se estremece; el contacto más fugaz, el pensamiento más casual renuevan y multiplican el tormento sufrido por el avergonzado. A partir de ese primer golpe, Christine perdió su candidez. Con pasos inseguros se monta en la limusina del hotel y da sin querer un respingo no bien se percata de que no se encuentra sola. Pero no hay vuelta atrás. Para poder ocupar uno de los asientos de atrás, con gesto acobardado, subiendo los hombros como aterida y bajando los párpados, debe atravesar una fragancia nebulosa, producto de perfumes dulces y del olor acre de la piel de Rusia, y pasar por delante de rodillas extrañas que se retiran de mala gana. Cohibida, fardulla un saludo presuroso cada vez que pasa por delante de una rodilla como si quisiera disculpar así su presencia. Pero nadie responde. O bien el examen de las dieciséis miradas ha concluido con un dictamen desfavorable, o bien los ocupantes del coche, aristócratas rumanos que hablan un francés rudo y vehemente, enfrascados como están en vociferante alegría, ni siquiera se enteran de la tenue sombra de pobreza que se instala, cohibida y silenciosa, en el último rincón. Con la maleta en diagonal sobre las rodillas —pues carece del valor

necesario para ponerla en un asiento libre—, se sienta inclinándose lo más que puede hacia adelante, por miedo a ser observada por esas personas, todas burlonas a buen seguro, y ni una sola vez en todo el trayecto se atreve a alzar la vista con libertad; se limita a mirar el suelo, las cosas que están por debajo del nivel del asiento. Sin embargo, el lujoso calzado de las mujeres le basta para pensar en el suyo, tan tosco. Al hacer tan dolorosa comparación, ve las piernas femeninas firmes y arrogantes, cruzadas con atrevimiento bajo los abrigos estivales de piel de armiño, y las medias deportivas de los señores, adornadas con audaces dibujos; estos bajos fondos de la riqueza bastan para sacarle los colores a la cara: cómo competir con tanta elegancia jamás imaginada. Cada tímida mirada renueva el tormento. En diagonal frente a ella, una chica de unos diecisiete años sostiene en el regazo un perrito faldero chino de pelo fino que, perezoso, se estira con un sonoro bostezo; su sudadero lleva un ribete de piel y un monograma bordado, y la minúscula mano infantil que le acaricia el pelo ya luce un diamante y tiene las uñas tratadas por el manicuro y pintadas de color de rosa. Hasta los palos de golf apoyados en un rincón presentan elegantes abrigos de piel lisa, nueva y de color crema, y cada uno de los paraguas arrojados al interior del vehículo con indolencia presenta un mango diferente, extravagante y selecto: en un gesto inconsciente, la mano de Christine tapa con rapidez el suyo, de asta barata y opaca. ¡Ojalá nadie quiera mirarla, nadie quiera darse cuenta de lo que ella comprende ahora por vez primera! Asustada, se agazapa cada vez más en sí misma, y cada vez que una risa levanta vuelo a su lado, el miedo le recorre la espalda encorvada. Pero no osa alzar la vista ni averiguar si la risa se refiere, en efecto, a ella. De ahí la redención que siente cuando al cabo de unos minutos de tormento el automóvil se detiene rechinando sobre los menudos guijarros del antepatio del hotel. Una señal, estridente como la campana de una estación de ferrocarril, impulsa todo un ejército de mozos y pajes multicolores hasta el coche. Detrás de ellos aparece, con ademanes más formales por estar obligado a la distinción, el jefe de recepción con levita negra y raya de precisión geométrica en el pelo. Por la puerta abierta sale primero de un salto, tintineando y sacudiéndose el faldero chino; relajadas, sin interrumpir su cháchara bulliciosa, le siguen las damas que al apearse levantan el abrigo de piel estival por encima de las piernas deportivamente musculosas; una oleada de perfume casi narcotizante vuela hacia atrás. Los buenos modales deberían ordenar ahora a los señores ceder el paso a la joven que se ha levantado tímidamente, pero sea porque han tasado su origen con exactitud, sea porque no se han dado cuenta de su presencia, el hecho es que pasan ante ella sin volver la vista y se dirigen al secretario del hotel. Indecisa, Christine se queda rezagada, con la odiada maletita de mimbre en la mano. Será mejor que los otros se adelanten un poco, piensa, que eso distrae la atención. Pero duda demasiado tiempo, porque cuando pisa titubeante el estribo del coche, sin que nadie del personal del hotel se acerque solícito, el señor de la levita ya se ha alejado servilmente con los rumanos, los botones ya se afanan detrás de ellos con el equipaje de mano, y los mozos hacen juegos malabares sobre el techo del vehículo con los pesados baúles. Nadie le presta atención. Por lo visto, piensa bañada en humillación, por lo visto o, mejor dicho, sin duda la toman por la criada o, en el mejor de los casos, por la doncella de cámara de esos señores, pues los empleados del hotel pasan junto a ella maniobrando con el equipaje y mostrándole total indiferencia y la dejan allí plantada como si fuera una de ellos. Al final no aguanta más y, sacando fuerzas de flaqueza, se abre paso por la puerta del hotel hasta llegar al portero. Pero ¿quién se atreve a dirigirse en temporada alta al portero, al poderoso capitán del gigantesco barco de lujo que está ahí plantado detrás del mostrador y mantiene imperturbable el rumbo de su voluntad a través de una tormenta de preguntas? Una docena de clientes de anchas espaldas esperan ante él, el majestuoso, que toma apuntes con la mano derecha, lanza con una mirada o con una seña a los botones como si fuesen flechas e informa al mismo tiempo a izquierda y a derecha, mientras tiene el auricular pegado al oído, toda una máquina humana universal cuyos cordones nerviosos se mantienen en un estado de tensión permanente. Ante su majestad deben esperar hasta quienes reivindican justificadamente sus derechos, ¿cómo no va a hacerlo entonces una tímida novata? Ese señor del tumulto le parece tan inabordable a Christine que se retira, cohibida, a un rincón para esperar respetuosamente hasta que el torbellino se haya disuelto y dispersado. Poco a poco, sin embargo, la molesta maletita de mimbre pesa cada vez más en la mano. En vano mira a su alrededor en busca de un banco para apoyarla. Pero mientras busca cree observar —se trata a buen seguro de una imaginación o de un estado de sobreexcitación— que algunas personas sentadas en los butacones del vestíbulo la contemplan con ironía, susurran y ríen; un momento más y deberá dejar caer esa carga realmente repugnante, tal es la debilidad que siente de pronto en los dedos. Pero precisamente en ese momento crítico se le acerca con pasos vigorosos una dama sumamente elegante, de pelo rubio artificial y de rasgos juveniles también artificiales, y la examina de perfil antes de atreverse a preguntar: —¿Eres tú, Christine? Y cuando Christine responde espontáneamente con un sí que es más un respiro que una palabra articulada, la tía la abraza, le da un beso tenue en la mejilla y la envuelve con un olor tibio a polvos de tocador. Ella, que por fin siente algo cálido, conocido y benévolo en su terrible orfandad, se abalanza con tal ímpetu a ese abrazo destinado en un principio a ser un ligero saludo, que la tía interpreta esta búsqueda de un apoyo como una muestra de cariño familiar y siente una



gran emoción. En un gesto de ternura, le acaricia los hombros, que se sacuden: —Oh sí, yo también me alegro enormemente de que hayas venido. Tanto Anthony como yo, los dos nos alegramos mucho. —Y luego, cogiéndola de la mano, añade—: Ven, seguro que querrás arreglarte un poco, que vuestros trenes austriacos deben de ser terriblemente incómodos. Así que vístete tranquilamente... pero no te demores. Que ya han tocado el gong para el lunch, y a Anthony no le gusta esperar, ésa es su debilidad. We have all prepared... ah sí, lo tenemos todo preparado, el portero enseguida te mostrará la habitación. O sea que, date prisa: nada de acicalarse, que aquí la gente se viste como quiere al mediodía. La tía hace una seña con la mano, y en un santiamén un muchachito de librea se hace cargo de la maleta y del paraguas y va corriendo a buscar la llave. El ascensor se desliza a toda velocidad y sin hacer ruido hasta dos plantas más arriba. El botones abre una puerta en el centro del pasillo y se aparta al tiempo que se quita la gorra. Ésta debe de ser, pues, la habitación de Christine. Se dispone a entrar. Pero en el mismo umbral se espanta, como si se tratara del lugar equivocado. Aun poniendo la mejor de las voluntades, la ayudante de correos de Klein-Reiffing, sólo acostumbrada a la pobreza como entorno, no es capaz de cambiar de mentalidad con la suficiente rapidez para atreverse a creer que ese cuarto está destinado a ella, esa habitación generosamente amplia y deliciosamente clara, de paredes revestidas de multicolores papeles pintados, en la que una cascada de luz irrumpe a bombo y platillo, como si fuese a través de una esclusa de cristal, por la puerta abierta de dos alas que da al balcón. El aluvión dorado inunda sin freno la profundidad del espacio, y cada objeto queda empapado de toda esa plétora del ígneo elemento. Los costados lustrados de los muebles centellean como cristales, chispas amables juguetean con fugaces reflejos sobre el latón y el vidrio, y hasta la alfombra floreada respira, cual si fuese jugosa y auténtica, como musgo vivo. La habitación brilla como una mañana paradisíaca, y deslumbrada por el asalto de la luz que llamea por doquier, la joven debe esperar, aterrorizada, el retorno de los latidos del corazón bruscamente interrumpidos antes de cerrar, con rapidez y un poco de mala conciencia, la puerta tras de sí. Primera sorpresa: ¡que haya algo así, que exista tanta maravilla! Y un segundo pensamiento, íntimamente ligado desde hace mucho a todo lo deseable: lo que debe de costar, cuánto dinero, ¡cuántas carretadas de dinero! Un día en esta habitación cuesta sin duda más que lo que gana en su país en toda una semana... ¡Qué dice, en todo un mes! Avergonzada —pues quién osa sentirse en casa en aquel lugar— mira alrededor y pone, extremando las precauciones, un pie y luego otro sobre la costosa alfombra. Sólo entonces empieza a acercarse a cada uno de los valiosos objetos, con sumo respeto y sin embargo, con curiosidad ardiente. Primero tantea la cama con cuidado: ¿se podrá dormir realmente allí, sobre este blanco fresco y niveo como una flor? Y el edredón de pluma sedoso y floreado yace allí como un vello delicado, suave y ligero al tacto; basta apretar con el dedo, y la lámpara se enciende, y todo el rincón se ilumina con un cálido tono rosado. Un descubrimiento tras otro: el lavabo con sus grifos de latón, blanco y lustroso como una concha, los sillones mullidos y tan profundos que se requiere fuerza para incorporarse de su elástica flexibilidad, la madera preciosa de los muebles lucidos que se combina melódicamente con el verde primaveral del papel pintado, y sobre la mesa, puesto allí para saludarla, un ramo de claveles de cuatro fogosos colores dentro de un florero de tallo alto, ¡un toque sonoro de cromáticas voces entonado por un clarín cristalino! Entusiasmada ante la perspectiva de poder ver, usar y poseer todo eso por un día o, de hecho, durante ocho o catorce días, se acerca temerosa y enamorada a aparatos desconocidos, tantea con curiosidad, uno tras otro, cada detalle y va errando de fascinación en fascinación hasta que de pronto se tambalea hacia atrás, como si hubiese pisado una serpiente, y casi se cae. Pues sin intuir nada de nada ha abierto el enorme armario empotrado y de la puerta interior entornada sale, cual diablo lengüirrojo de la caja de juguete, una imagen de tamaño natural en un espejo inesperado en aquel lugar, y lo que muestra la placa de vidrio es, para terror de Christine, ella misma, cruelmente real, lo único que no concuerda con ese espacio cuyo tono es la elegancia. Siente el golpe hasta en las rodillas cuando ve de improviso su abrigo de viaje de pretencioso color amarillo chillón y el sombrero de paja deformado sobre un rostro de aspecto perturbado. « ¡Largo, intrusa! ¡No me ensucies la casa! ¡Vuelve adonde perteneces!», parece ordenarle el espejo. En efecto, piensa consternada, ¿cómo puedo pretender vivir en una habitación así, en un mundo así? ¡Qué vergüenza para la tía! ¡Que no me acicale, dijo! ¡Como si yo pudiera! No, no bajaré, prefiero quedarme aquí. Prefiero volver a casa. Pero ¿cómo ocultarme, cómo desaparecer a tiempo antes de que me vean y se escandalicen? Ha retrocedido lo máximo posible huyendo del espejo y ha ido a parar sin querer al balcón. Apretando convulsivamente la baranda, mira fijo a la profundidad. Un impulso la salvaría. En ese preciso instante se oye una vez más el tronido guerrero del gong desde abajo. ¡Por el amor de Dios! Christine recobra el sentido: el tío y la tía la esperan en el vestíbulo, y ella sigue entretenida arriba. Aún no se ha lavado ni se ha quitado siquiera el repugnante abrigo adquirido en unas liquidaciones. Desata con movimientos febriles la maletita para sacar sus artículos de tocador. Pero cuando desenrolla el envoltorio de goma y pone todo sobre la placa de cristal liso, el tosco jabón, el cepillo de madera pequeño y áspero, los utensilios de baño a todas luces baratísimos, tiene la sensación de exponer de nuevo toda su proveniencia pequeño burguesa a la curiosidad

arrogante y burlona. ¿Qué pensará la camarera cuando arregle el cuarto? A buen seguro se burlará del menesteroso huésped cuando se reúna abajo con el personal; y una lo contará a la otra, y todos se enterarán al punto en el hotel, y Christine tendrá que pasar a diario a su lado, a toda prisa, bajando la vista y sintiendo los cuchicheos a sus espaldas. No, la tía no podrá ayudarle; esto no puede ocultarse, esto se trasluce. En todas partes y a cada paso se le descosará otra costura, y todo el mundo verá su miseria desnuda y en carnes vivas a través de la ropa y los zapatos. Pero ahora hay que seguir adelante, que la tía espera, y el tío, dijo ella, se impacienta con facilidad. ¿Qué ponerse? Dios mío, ¿qué hacer? Primero quiere coger la blusa prestada de su hermana, la verde de seda artificial, pero ahora le parece terriblemente vulgar e insolente aquello que en Klein-Reifling era la pieza más lujosa de su vestuario. Prefiere la sencilla blusa blanca, más discreta, y luego las flores del florero: si las sujeta delante de la blusa, desviarán con su cálido brillo la atención de las miradas. Luego, bajando la vista, pasa a toda prisa por delante de los clientes, baja los escalones a toda velocidad con el único fin de pasar por encima del miedo a ser observada, pálida, jadeante, con un dolor vertiginoso entre las sienes y con la sensación mareante de abalanzarse con el cuerpo plenamente consciente a una profundidad letal. Apostada en el vestíbulo, la tía la ve acercarse. Qué extraño, ¿qué le pasará a la chica? ¡Qué patosa que baja la escalera, qué torcida y cohibida que pasa junto a la gente! Una niña nerviosa a buen seguro. ¡Habría que haber hecho averiguaciones antes! Dios mío, con qué torpeza se para allí en la entrada, parece miope o tiene algún otro mal. — ¿Qué pasa, niña? Estás toda pálida. ¿No te sientes bien? —No, no —balbucea la joven, todavía turbada... Hay tal cantidad de gente aún en el vestíbulo, y aquella anciana de negro con los impertinentes, ¡cómo mira! Los zapatos toscos y ridículos de Christine a buen seguro. —Ven, niña —le advierte la tía mientras la coge del brazo y no intuye en absoluto el enorme servicio que con tal gesto presta a la atemorizada. Pues Christine recibe así, por fin, un trocito de sombra para arrimarse, algo así como un pequeño refugio: la tía la esconde con el cuerpo, con su vestido, con su prestigio, al menos hacia un lado. Gracias a su compañía, la nerviosa consigue atravesar el comedor en una postura bastante correcta y allegarse a la mesa donde espera el grave y flemático tío Anthony; éste se levanta al tiempo que una risa jovial estira sus anchos mofletes, contempla con amabilidad a la nueva sobrina desde sus ojos de color azul holandés, pero bordeados de un color rojizo, y le ofrece su zarpa pesada y curtida. Su alegría se debe básicamente al hecho de no deber esperar más tiempo sentado a la mesa puesta, pues como holandés que es le gusta comer y hacerlo con comodidad. Odia las perturbaciones, y ya desde ayer albergaba secretamente el temor a una frívola mundana e insoportable que le haría imposible la comida con su cháchara y sus preguntas insistentes. Pero cuando ve a la sobrina, tan tímida, pálida, modesta y encantadora, se siente a gusto. Enseguida se da cuenta de que se llevará bien con ella. La mira, pues, con simpatía y la anima con tono jovial: —Lo que tienes que hacer primero es comer, después hablaremos. Le alegra esa joven delgada y pudorosa que no se atreve a alzar la vista y que es del todo diferente a las Flappers, a las que odia en su estilo rezongón, porque a estela de ellas siempre hay algún gramófono dispuesto a meter bulla y porque pasan por las salas contoneándose con insolencia como nunca haría una mujer de la antigua Holanda. Él mismo le sirve el vino en la copa, aunque suelte un gemido al inclinarse hacia adelante, y hace una seña al camarero para que empiece a servir. Pero ¿por qué pone el camarero de puños almidonados y rostro igualmente rígido y frío esas extravagancias en el plato, esos entrantes nunca vistos, aceitunas heladas, ensaladas multicolores, pescados plateados, montañas de alcachofas, cremas indescifrables, espuma delicada de hígado de oca y lonchas de salmón de color de rosa? Son todas exquisiteces, sin duda, de sabor suave y ligero para el paladar. Pero ¿con cuál de la docena de cubiertos deben cogerse esas cosas extrañas? ¿Cómo cortarlas sin revelar de manera ineludible a ese observador pagado y a esos vecinos experimentados que está comiendo por primera vez en un restaurante tan distinguido? ¿Cómo no cometer una torpeza grave? Para ganar tiempo, Christine despliega la servilleta con parsimonia y espía con los ojos entornados las manos de su tía con el fin de imitar cada gesto. Al mismo tiempo, sin embargo, debe responder a las amables preguntas de su tío cuyo espeso alemán holandés requiere oídos atentos, tanto más cuanto que siempre inserta fragmentos importantes en lengua inglesa; debe recurrir a toda su valentía en este combate en dos frentes, y a todo esto su sentimiento de inferioridad cree oír un cuchicheo continuo a sus espaldas e imagina miradas burlonas o compasivas en su entorno. El miedo a revelar su pobreza e inexperiencia ante el tío, la tía y el camarero, ante todos los presentes en la sala, y el esfuerzo por charlar de manera relajada e incluso alegre a pesar de la tensión y sus temblores, convierten esa media hora en una eternidad. Se defiende con gallardía hasta la fruta; es entonces cuando la tía se percató por fin de su confusión, sin entenderla: —Niña, te noto cansada. No es de extrañar, desde luego, si has pasado toda una noche viajando en uno de esos miserables vagones europeos. No, no te avergüences, échate tranquilamente en tu habitación y duerme una horita, que después saldremos. No, no nos vamos a perder nada, pues Anthony también suele descansar después de comer. —La tía se levanta y la coge del brazo—. Venga, sube y acuéstate. Luego estarás recuperada y podremos dar un buen paseo. Christine, agradecida, respira hondo. Poder esconderse durante una hora tras la puerta cerrada

es una hora ganada. — ¿Qué te parece? —pregunta la esposa, apenas han aterrizado en la habitación, a su Anthony, ya dedicado a desabotonarse la chaqueta y el chaleco para la siesta. —Muy simpática —bosteza el voluminoso—, una simpática cara vienesa... Oye, dame la almohada... Realmente simpática y modesta. Ahora bien, I think at least, su vestimenta me parece un poco pobre... pues eso... no sé cómo decirlo... por aquí no corre nada por el estilo... lo que quiero decir es que si la presentas como nuestra sobrina a los Kinsley y a los otros, habrá que vestirla de una manera, pues eso, más presentable... ¿No podrías echarle una mano con tu vestuario? —Mira, ya tengo la llave en la mano. —La señora Van Boolean sonríe—. Yo también me asusté cuando la vi entrar, tan patosa, con esa pinta en el hotel... Vamos, que fue bastante comprometedor. Y eso que no has visto el abrigo, amarillo como un huevo, realmente una pieza de lujo que podría exponerse en una tienda de curiosidades indígenas... La pobre, si supiera que va vestida como una palurda, pero, por el amor de Dios, cómo va a saberlo... Allá en Austria están todos down por aquello de la maldita guerra, ya has oído lo que contaba, que nunca salió más de tres millas fuera de Viena, que nunca ha estado entre gente... Poor thing, se le nota que se siente extraña aquí y se pasea toda asustada... Tú tranquilo, confía en mí, ya la voy a recomponer, que he traído suficientes cosas, y lo que falta, ya lo compraré en la tienda inglesa; nadie se dará cuenta, y ¿por qué no puede sentirse excepcionalmente bien por unos días, la pobrecita? Y mientras el marido fatigado dormita en el diván, ella pasa revista a los dos enormes baúles que se alzan como cariátides en el vestíbulo del apartamento, donde casi llegan hasta el techo. La señora Van Boolean no pasó los catorce días en París exclusivamente en museos, sino que dedicó también abundante tiempo a los diseñadores de moda: crujen el crep de China, la seda y la batista entre la ropa colgada, y la señora saca una docena de blusas y trajes sastre, uno tras otro, y los devuelve a su sitio; examina, cuenta y pondera, y todo se convierte en un complejo, pero en el fondo divertido paseo por telas y vestidos oscuros y brillantes, delicados y pesados, antes de elegir lo que prestará a la sobrina. A la postre se amontona sobre la silla una espuma resplandeciente de finos vestidos y de todo tipo de cosas menudas, tales como medias y ropa interior; toda esa carga ligera se puede levantar con una mano y llevar a la habitación de Christine. Pero cuando la tía se presenta con su sorpresa y abre la puerta con suavidad, cree en un primer instante vacía la habitación. La ventana está abierta de par en par hacia el paisaje; las sillas, desocupadas, al igual que el escritorio: ya se dispone a poner la ropa sobre una silla cuando descubre a Christine dormida en el sofá. El vino desacostumbrado, bebido a toda prisa por la cohibición y servido una y otra vez por el jovial tío, consiguió que le pesara la cabeza. Sólo quiso sentarse y pensar, reflexionar sobre lo ocurrido, pero, sin que se diera cuenta, la somnolencia le dobló suavemente la cabeza y la apoyó sobre los cojines. El desamparo de la inconciencia siempre hace que quien duerme parezca conmovedor o ligeramente ridículo para el otro. La tía se conmueve al acercarse a Christine de puntillas. La joven atemorizada ha cruzado los brazos sobre el pecho en su sueño, como queriendo protegerse; ese simple gesto resulta enternecedor, como infantil parece la boca entreabierta y asustada; las cejas están un tanto arqueadas por alguna tensión onírica interna; tiene miedo hasta en el interior del sueño, piensa la tía con repentina lucidez. Y cuán lívidos son los labios, cuán incoloras las encías, cuán demacrado el cutis de esa cara todavía joven e inocente como el mismo sueño. A buen seguro mal alimentada, acosada por la necesidad prematura de ganar dinero, agotada y desmoralizada, ¡y a todo esto ni siquiera ha cumplido los veintiocho años! Poor chap. Algo así como un sentimiento de vergüenza se despierta de pronto en la jovial señora, al tiempo que contempla a la que sin querer se traiciona mientras duerme. Es realmente una vergüenza para nosotros: tan agotada, tan pobre, tan carente de expectativas, debería habersele ayudado hace tiempo. Una mete allá dinero en cientos de asuntos de beneficencia, organiza charity teas y donativos navideños, y la propia hermana, la sangre más próxima, ha sido olvidada en todos estos años a despecho de que un par de cientos de dólares habrían obrado milagros. Podrían haber escrito, claro, podrían habérselo recordado... ¡siempre ese orgullo del pobre, esa actitud reacia a pedir! Es una suerte que al menos se pueda echar una mano ahora y dar una alegría a esta niña pálida y silenciosa. Conmovidá, ni ella sabe por qué, contempla una y otra vez ese perfil extraño y soñador: ¿será la propia imagen que emerge del espejo de la infancia o el repentino recuerdo de una antigua fotografía de la madre, aquella que en un marco delgado y dorado colgaba sobre su cama infantil? ¿O una mirada retrospectiva sobre la sensación de abandono que vivió en aquella pensión de Nueva York? Sea como fuere, un sentimiento de ternura se apodera de repente de esa mujer ya próxima a la vejez. Con cariño, con suavidad, acaricia el pelo rubio y vivo de la durmiente. Christine se despierta sobresaltada. Por los cuidados que dedicaba a su madre está acostumbrada a estar lista al más ligero contacto. — ¿Es tan tarde? —balbucea, consciente de su culpa. El eterno temor de los empleados a llegar tarde se introduce desde hace años en su sueño y se incorpora de un salto al primer toque del despertador. Y la primera mirada siempre pregunta al reloj: « ¿Llegaré tarde? » El primer sentimiento del día es el miedo a haber incumplido un deber. —Pero niña, ¿por qué te estremeces enseguida? —la tranquiliza la tía—. Aquí hay tiempo en raciones dobles, una ni siquiera sabe qué hacer con él. Quédate tranquilamente si aún te sientes cansada... Dios sabe que no pretendo molestarte,

sólo te he traído unos vestidos para que te los mires, pues a lo mejor te hace ilusión ponerte uno u otro aquí arriba. He traído tantos de París que lo único que hacen es atestarme el armario, o sea que pensé, lo mejor será que uses uno u otro en mi lugar. Christine siente que el rubor le arde hasta dentro de la blusa. Conque sí, conque se dieron cuenta enseguida, a primera vista, de que su pobreza era una vergüenza para ellos... A buen seguro que el tío y la tía sienten bochorno por culpa de ella. Sin embargo, con qué ternura quiere la tía ayudar, cómo encubre las limosnas, cómo se esfuerza por no hacerle daño. —Pero ¿cómo voy a llevar yo tus vestidos, tía? —tartamudea ella—. Son demasiado valiosos para mí. —Tonterías, seguro que te van mejor a ti que a mí. Anthony de todos modos ya me critica por llevar ropa demasiado juvenil. Le gustaría verme como las tías abuelas de Zaandam, envueltas en sedas negras y pesadas hasta la gorguera, bien abotonadas a la manera protestante y rematadas con una cofia blanca almidonada de madre de familia. O sea que ven y dime cuál prefieres para esta noche. Con un simple gesto —con soltura vuelve a asentarse en la muñeca el ligero ademán de presentación de la maniquí hace tiempo desaparecida— coge un vestido liviano como una camisa y lo frunce hábilmente sobre el que lleva puesto. De color marfil, con un bordado japonés de flores, emite un brillo primaveral en comparación con el siguiente, de seda oscura como la noche, adornado con trémulas llamaradas rojas. El tercero tiene el color verde de un estanque, con venas plateadas en los extremos, y los tres parecen tan encantadores a Christine que ni siquiera se atreve a pensar la posibilidad de desearlos o de poseerlos. Pues ¿cómo dejar fluir esas exquisiteces lujosas y vulnerables desde sus hombros desprotegidos sin pasar miedo a cada instante? ¿Cómo andar y moverse en ese aura de luz y color? ¿No habrá que aprender a llevar tales vestidos? No obstante, es demasiado femenina para no contemplar los deliciosos vestidos con una mirada humilde y al mismo tiempo deseante. Las ventanas de la nariz se tensan excitadas y la mano empieza a temblar de modo extraño porque los dedos ya querrían tantear la tela con ternura y les cuesta dominar la curiosidad. La tía conoce por su experiencia de maniquí sumida en el olvido aquellas miradas deseosas, aquella excitación rayana en lo sensual que afecta a toda mujer cuando atisba lujo; sonrío sin querer al ver las luces de pronto encendidas en las pupilas de la rubia silenciosa; inquietas e indecisas, van como fuegos fatuos de un vestido al otro, y la experimentada sabe que elegirá un vestido y pensará arrepentida en los otros. Le divierte sobremanera colmar a la fascinada. —No hay prisa. Te dejaré los tres aquí, eliges para hoy el que mejor te vaya y mañana te pruebas el otro. También te he traído medias y ropa interior... Ahora sólo falta algo bonito y refrescante que te dé un poco de color a las pálidas mejillas. Si te parece bien, iremos ahora mismo a las tiendas y compraremos cuanto necesitas para tu estancia en Engadina. —Pero tía —respira estremecida la asustada—, ¿cómo se me va a ocurrir tal cosa...? No puedo hacer tantos gastos. La habitación también es demasiado costosa para mí, una habitación sencilla me habría bastado. Pero la tía se limita a sonreír y la examina con la mirada: —Y luego, niña —declara en tono dictatorial— te llevaré a nuestra artista del embellecimiento para que te retoque un poco. Una coleta como la tuya sólo la llevan los indios en nuestro país. Ya verás cómo sentirás más libre la cabeza cuando la melena no te caiga en la nuca. No, nada de réplicas, que yo sé más de esto, tú déjame y no te preocupes. Y ahora prepárate, que tenemos tiempo de sobra porque Anthony está en su partida de póquer de la tarde. Y a la noche te presentaremos totalmente recompuesta. Vamos, niña. En la gran tienda de ropa deportiva enseguida salen zumbando las cajas de los estantes, se elige un jersey a cuadros parecidos a los de un tablero de ajedrez, un cinturón de gamuza que ajusta el talle, un par de sólidos zapatos de color de ciervo y con olor a nuevo, una gorra, unas medias deportivas bien ceñidas y toda suerte de fruslerías. A cambio, Christine puede quitarse en el vestidor la blusa odiada cual si fuese una corteza sucia, y la pobreza traída se guarda y queda invisible en una caja de cartón. Siente un extraño alivio al ver desaparecer esas cosas repugnantes, como si su propio miedo se escondiera para siempre en aquel paquete. En otra tienda se añaden un par de zapatos de noche, un pañuelo de seda ligero y fluente y otros objetos igualmente mágicos; Christine, inexperta en estas lides, observa maravillada esta forma de comprar, esta compra sin preguntar por el precio, sin el eterno temor al «demasiado caro». Una elige, decide, no le da más vueltas, no se preocupa, y los paquetes son atados y vuelan, por obra de misteriosos mensajeros, a casa. Antes de que una se atreva a desear de verdad, el deseo ya se ha cumplido: es algo inquietante y, sin embargo, de una belleza y ligereza embriagadoras. Christine se entrega a la maravilla sin oponerse, deja a la tía hacer y deshacer a su antojo, se limita a apartar púdicamente la mirada cada vez que la tía saca billetes de su cartera y procura no prestar oído para no escuchar el precio, pues aquello que gastan por ella debe de ser una cantidad inconcebible: en años no ha gastado tanto como en esta media hora. Pero al salir de la tienda, no puede contenerse y en un gesto de gratitud desbordante coge temblando el brazo de la bienhechora y le besa la mano generosa. La tía responde con una sonrisa a la conmovedora turbación. — ¡Ahora toca la pelambre! Te dejaré en la peluquería y entretanto pasaré por casa de unos amigos para dejar mi tarjeta. En una hora estarás lista y planchada y te pasaré a buscar. Ya verás cómo te arregla la peluquera, y eso que ahora ya tienes un aspecto del todo diferente. Luego saldremos a pasear y esta noche nos divertiremos de lo lindo.

Sintiendo fuertes latidos en el corazón, se deja conducir de buena gana (convencida de las buenas intenciones de la tía) a una sala centelleante de espejos y azulejos donde huele a cálido y a dulce, a jabón tibio y florido y a esencias, y donde un utensilio eléctrico zumba como una tormenta alpina. La peluquera, una francesa ágil y de nariz respingona, recibe toda clase de instrucciones que Christine apenas entiende ni intenta comprender. Siente el placer novedoso de dejarse llevar, de dejarse sorprender sin que intervenga su voluntad. La sientan en un cómodo sillón de operaciones, y la tía desaparece: ella se reclina suavemente, cierra los ojos en un estado de agradable narcosis propio del goce, siente el traqueteo de una máquina, un frescor acerado en la nuca y la ligera e incomprensible cháchara de la animada mujer, respira las nubes aromáticas cargadas y acariciantes y deja que dedos hábiles y extraños le rocién la piel y el pelo con dulces esencias. Lo esencial es no abrir los ojos, piensa. Quizá todo esto no sea cierto. Nada de preguntas. Se trata sólo de disfrutar esta sensación dominical de ser una misma quien descansa, de ser atendida en vez de atender a otros. Dejar caer las manos relajadamente en el regazo, dejar que te mimen, dejarte llevar y disfrutar a fondo; esta extraña inconciencia de inclinarse pasivamente y someterse a los cuidados de otro, esa sensación singular y sensual olvidada hace años, hace décadas. Christine cierra los ojos mientras la envuelve una aromática tibieza y recuerda la última vez: está tumbada en la cama de su infancia tras varios días de fiebre y la madre le trae leche de almendras blanca y dulce, mientras el padre y el hermano permanecen sentados junto a la cama; todos se preocupan y se ocupan de ella, todos son buenos y tiernos. El canario canta una divertida melodía, la cama le da calor y suavidad, no hay que ir a la escuela, todo se acerca con ternura, los juguetes yacen sobre la manta y, sin embargo, ella siente tal agradable pereza que no tiene ganas de jugar; es mejor cerrar los ojos y sentir hasta el fondo de los poros el no-hacer-nada, el dejarse-llevar. Han pasado décadas sin recordar aquel placer infantil y relajado, y de pronto vuelve a estar ahí, la piel lo recuerda, recuerda aquel sopor rociado de calidez. La ágil señorita pregunta de nuevo: — ¿Lo desea más corto? Pero ella se limita a responder: «Como usted quiera», y aparta deliberadamente la vista del espejo que le han acercado. No, lo esencial es no perturbar la irresponsabilidad divina del dejarse-hacer, del estar-dispensado de toda acción y voluntad, aunque también resulta tentador dar órdenes por primera vez en la vida, conminar con tono autoritario, exigir esto o aquello. Un perfume se derrama sobre su cabello, proveniente de un frasquito de cristal biselado, una navaja la cosquillea con ternura y delicadeza, y de pronto nota una extraña levedad en la cabeza y un frescor nuevo y abierto en la piel de la nuca. De hecho, siente cierta curiosidad y ganas de mirarse en el espejo, pero se contiene, pues los ojos cerrados prolongan de manera placentera esa sensación onírica y narcotizante. Entretanto, una segunda señorita se ha sentado a su lado con la discreción de un duende y le hace la manicura mientras la otra se dedica a la permanente con sumo arte. También lo acepta, cediendo casi sin sorprenderse, y no se opone cuando la dinámica artista, tras un *Vous êtes un peu pâle, mademoiselle* a modo de introducción, le pinta los labios de rojo, le marca los arcos de las cejas y le sube el color de las mejillas con toda clase de lápices. Ella percibe y al mismo tiempo no percibe todo esto, en esa placentera inconciencia de la desconexión, porque, aturdida por el aire dulce, saturado, húmedo y cargado, apenas sabe si todo esto le ocurre a ella o a un yo muy distinto y totalmente nuevo; experimenta esto tan extraño como un sueño, como algo confuso y no del todo cierto, y con un ligero miedo a precipitarse de pronto de lo soñado. Por fin aparece la tía. —Excelente — declara a la artista con tono de experta. A petición suya, todavía se empaquetan algunas cajas, lápices y frascos. Luego se decide a dar un pequeño paseo. Al levantarse, Christine no osa mirarse en el espejo. Sólo siente extrañamente liviana la cabeza en la zona de la nuca, y al andar, cuando a veces echa un vistazo a hurtadillas a la falda tensa, a las medias de dibujos alegres y multicolores y a los zapatos lisos y elegantes, tiene la sensación de llevar el paso con mayor seguridad. Arrimada cariñosamente a la tía, se deja explicar todo y todo le parece maravilloso: el paisaje con su verde sonoro y el círculo de cimas ordenadas de forma panorámica, los hoteles, esas fortalezas del lujo, altas y desafiantes en las laderas de las montañas, las tiendas caras con sus escaparates de una elegancia provocadora, las pieles, joyas, relojes y antigüedades, todo extraño y singular al lado de la majestad inmensa y solitaria de los glaciares. Magníficos también los caballos con sus hermosos arneses, los perros, las personas vestidas con prendas tan multicolores como las flores alpinas. Todo un ambiente de despreocupación soleada, un mundo sin trabajo, un mundo sin pobreza que ella jamás habría intuido. La tía le da los nombres de las montañas, los nombres de los hoteles, los nombres de algunos de los huéspedes célebres que por allí pasan: ella escucha con profundo respeto, y con igual respeto alza la vista para ver todo eso, y el hecho de poder estar allí se convierte cada vez más en un milagro. Mientras escucha se asombra de poder andar allí, de que le esté permitido, y cada vez duda más de si es ella quien lo está viviendo. La tía mira por fin el reloj. —Tenemos que volver a casa. Es hora de cambiarse. Sólo nos queda una hora para la cena. Y lo único capaz de enfadar a Anthony es la impuntualidad. Cuando abre la puerta al regresar, encuentra una habitación sumida en los tonos suaves del crepúsculo, pues una tarde que cae temprano vuelve mudas e inciertas las cosas. Sólo el rectángulo de cielo nítidamente marcado por la ventana abierta del balcón

guarda aún un azul denso, saturado y deslumbrante, pero en el interior los colores empiezan a desintegrarse suavemente en los bordes y a mezclarse con las sombras aterciopeladas. Christine sale al balcón, se enfrenta al paisaje inmenso y observa con detenimiento el juego cromático que se despliega con rapidez. Primero pierden las nubes su radiante blancura para volverse rojas poco a poco, en silencio y cada vez con mayor intensidad, casi como si el ocaso precipitado de la gran estrella despertara en ellas, en las arrogantes e indiferentes, un sentimiento propio. Luego, de pronto, emergen de las laderas de las montañas sombras que durante el día han permanecido agazapadas, tenues y aisladas, detrás de los árboles; pero ahora se concentran, se tornan densas y audaces, inundan todo desde el valle hasta las cumbres como un agua negra, y el alma estremecida ya teme que la oscuridad anegue las cimas y todo el inmenso círculo se vacíe de pronto y se quede sin luz; y, en efecto, un ligero soplo de helada se alza ya como una ola invisible desde los valles. Pero las alturas empiezan a brillar de nuevo con una luz más fría y pálida; y he aquí que ha aparecido la luna en el azul al que aún le falta mucho para apagarse. Como una lámpara de arco voltaico flota, alta y redonda, en la calle abierta entre dos poderosísimas cumbres, y lo que antes aún era imagen con detalles multicolores empieza a convertirse en sombras chinescas, en siluetas concentradas formadas por el blanco y el negro, con pequeñas estrellas que centellean inciertas. (*what university is in New York*).

# **Audiolibro La Embriaguez De La Metamorfosis Stefan Zweig**

**15**

**>>>Haga Clic Aquí<<<**

**<https://Ensayo.icu>**